LA MULATA

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

por

EVA CANEL

BARCELONA
TIP. «LA ILUSTRACIÓN», Á C. DE FIDEL GIRÓ
Paseo de San Juan, núm. 168
1891

5

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS
N.º de la procedencia
3846.

LA MULATA

LA MULATA

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

por

EVA CANEL

BARCELONA

Tip. «La Ilustración», á c. de Fidel Giró

Paseo de San Juan, núm. 168

1891

Es propiedad de la Autora, y quedan cumplidos los requisitos que determina la ley.

La Empresa del teatro de Novedades, de Barcelona, tiene aceptada esta obra para su representación en breve por la notable compañía que dirige el distinguido actor D. Antonio Tutau, y de la cual forma parte la eminente actriz D.ª Carlota de Mena.

A LA HERMOSA DAMA GUATEMALTECA

D.ª Francisca Aparicio y Mérida,

Viuda de Barrios.

La mujer que como usted sacrifica juventud y hermosura á la memoria ilustre de su esposo y al amor de sus hijos, bien merece ser admirada por los que dedicamos la inteligencia á desentrañar problemas psicológicos.

Así, pues, á usted que, sobreponiéndose á sus pocos años, hace de los recuerdos un culto y de los deberes de madre una religión, pláceme dedicar este trabajo.

Acéptelo como prueba modesta, pero sincera, del cariño que la tributa su admiradora y amiga,

Eva Canel.

720864

PERSONAJES

PATRIA (mulata), 20 años en el prólogo, 40 después.

SUSANA, 40 años, madre de

PURA, 22 años.

EL CAPITÁN FRANCISCO MONTAGUT, 40 años en el prólogo, 60 después.

LUIS JIMÉNEZ, 22 años, hijo de

DANIEL JIMÉNEZ (marqués de la Trinidad), 25 años en el prólogo, 45 después.

JAUMET, 15 años en el prólogo, 35 después.

QUIMET, portero viejo.

UN PORTERO.

UN MARINERO.

UN CRIADO.

UNA DONCELLA que no habla.

PRÓLOGO

La acción de este acto se supone en La Guaira (puerto de Venezuela).

La escena representa el muelle, con una parte de antepecho á regular altura y embarcadero, en donde habrá un bote y un marinero sentado dentro. Faroles encendidos que dan claridad al muelle. Arrimado á la barandilla ó antepecho aparece Jaumet hablando con el marinero. Jaumet viste ropa de verano bastante destrozada, aunque presumiendo de limpio y aseado; zapato claro, corbata larga de color y sombrero de paja. El marinero lleva boina, ó mejor barretina, completando el traje usual entre los de su oficio en el Masnou, pueblo situado en la zona marítima de Barcelona.

ESCENA PRIMERA

JAUMET y MARINERO.

JAUMET.—Hágalo usted, por Dios y por la Virgen de Montserrat. Mire usted que también yo soy catalán; nacido..... nacido no sé dónde; pero criado en el Masnou.

MARINERO.—¿En el Masnou?

JAUMET.—Sí, señor.

MARINERO (*saltando del bote al muelle*).—¿Y de quién eres hijo?

JAUMET (*compungido*).—Pues si yo supiera de quién soy hijo, ¿estaría aquí pidiéndole á usted misericordia?

MARINERO.—¡Pobre muchacho! ¿Entonces no sabes quiénes fueron tus padres?

JAUMET.—No, señor.

MARINERO.—¿Y quién te ha criado? Porque también yo soy del Masnou y conozco allí á todo el mundo.

JAUMET (*con alegría*).—¿Usted, usted? ¡Cuando yo decía que tenía usted cara de ser bueno!.... ¡Cuando yo decía que tenía usted cara de hablarle al Capitán para que me admita á bordo!.... ¡Cuando yo digo que me he de embarcar en la *Bella Susana!* ¡Viva la *Bella Susana!* ¡Viva el Masnou!

MARINERO.—Pero muchacho, ¿te has vuelto loco?

JAUMET.— Sí, señor, loco, locazo de alegría. *¡Visca Catalunya!....*

MARINERO (*interrumpiéndole*).—¿Pero si yo no te he dicho nada que pueda alegrarte; yo no te he dicho que te llevaremos, porque yo no soy el que manda.

JAUMET.—¿Pero no me ha dicho usted que es del Masnou?

MARINERO.—¿Y qué?

JAUMET.—¿Cómo y qué? Pues siendo usted de mi pueblo, en donde todos me daban pan y *peix frexit* cuando tenía hambre, me lavaban la cara de limosna y me remendaban la camisa por caridad; siendo usted de allí, ¿no había de interesarse por Jaumet, por el *pobret* Jaumet, el ahijado de la *Pilota?*

MARINERO.—Pero chico, ¿eres tú aquel Jaumet endemoniado que andaba saltando por la playa y por las barcas?....

JAUMET.—Sí, señor, el mismo, el mismito. ¡Ve usted cómo tenía yo razón en alegrarme! ¡Si me van á llevar ustedes! ¡Ya lo creo, pues no me han de llevar!

MARINERO.—Si yo mandase, tenlo por seguro; ¡pero el capitán!.... En fin, ¡quién sabe! Suplícale, dile que eres del Masnou..... Quizá se ablande..... No te doy esperanzas, porque tiene durillo el corazón..... pero por probar..... (*Transición*). ¿Y cómo diablos te has quedado por aquí? ¿No te habías embarcado con el Roig hace cinco ó seis años?

JAUMET.—Sí, señor, con el Roig; ¡maldita sea su estampa! Ya sabe usted que cuando murió mi pobre madrina me quedé á la buena de Dios. Decían que tenía yo entonces ocho años; pero ni lo sabía ni me importaba mucho. Anduve por allí suelto, como un perrillo sin amo, no sé cuánto tiempo: donde me pillaba la hora de almorzar, almorzaba; donde me daba la una, comía, y allí donde se me hacía de noche, encontraba cena y posada.

MARINERO.—¡Pobre criatura!

JAUMET.—Por fin, no sé quién se interesó por mí: lo cierto es que me mandaron á Barcelona con el Roig, y con él me embarqué para las Américas; pero debí hacerlo tan mal en mi obligación de fregar platos, limpiar botas y otros oficios por el estilo, que me dejó aquí para que la necesidad me hiciese aprender y me buscase la Madre de Dios yo solito.

MARINERO.—¿Y qué has hecho desde entonces?

JAUMET.—¿Que qué he hecho? Pregúnteme usted qué no he hecho, y le podré contestar más pronto. Todo, todito lo he hecho menos robar.

MARINERO.—Entonces, ¿cómo no estás más adelantado, más lucido?

JAUMET (*compungido*).—¡Más adelantado! ¡Más lucido! Pues por eso, porque no he robado. Unos amos querían que llegase á viejo haciendo méritos para tener sueldo; otros no me han

pagado lo que me prometieron, y el último que tuve..... ese liquidó conmigo religiosamente.

MARINERO.—Menos mal.

JAUMET.—Sí, señor, menos mal. Se murió después de recibir los Santos Sacramentos..... pero no me dejó reconocidos los sueldos que me guardaba para que yo no me juntase con malas compañías, y los herederos me plantaron en la calle diciendo que no me debían nada.

MARINERO.—Vaya, Jaumet, que has nacido con mala estrella.

JAUMET.—Diga usted más bien que he nacido estrellado.

MARINERO.—Allí viene el Capitán. Háblale; pero no le digas que te lo he aconsejado yo; es muy mal pensado, y supondría que llevamos alguna intención no muy santa. Me voy al bote; si me viese aquí, habría tormenta. ¡Dios quiera que se cumplan tus deseos de volver á España!

(*El marinero salta en el bote. Aparecen Daniel y el Capitán hablando bajo y accionando. Jaumet se oculta.*)

JAUMET (*mirando al Capitán con recelo*).—¡Es mal pensado! Pues no puede ser bueno, y me dirá que no. ¡Mal pensado! Pues yo nunca he podido pensar mal de nadie.

ESCENA II

CAPITÁN, DANIEL.—JAUMET, oculto.

DANIEL.—La primera parte de nuestro plan ha salido bien; falta que con igual suerte ejecutemos la segunda.

CAPITÁN.—Depende de ti. Y si lo perdemos todo, tuya será la culpa. Te empeñas en llevar á tu hijo, y no has pesado los inconvenientes.

DANIEL.—Francisco, tú tienes una hija. ¿La dejarías en igualdad de circunstancias?

CAPITÁN.—En igualdad de circunstancias..... sí.

DANIEL.—Y sin embargo, la quieres con delirio; pues también yo quiero á mi hijo.

CAPITÁN.—Estamos en muy diferente caso: no compares lo que no admite comparación. Mi hija es hija de mi esposa, de una mujer de mi raza; mientras tu hijo lo es de una mulata.

DANIEL.—Bien; pero es mi hijo, es blanco y Patria es también mi legítima esposa.....

CAPITÁN.—Pamplinas. Una mulata no puede tener los mismos derechos que tendría una blanca. ¿Sabes que me figuro que la quieres?

DANIEL.—Estás equivocado; me he casado con ella porque no había otro remedio, y como es buena, como me quiere muchísimo.....

CAPITÁN.—¡Pocas gracias!

DANIEL.—Y no me da motivos para maltratarla.....

CAPITÁN.—Tu necedad ha consistido en celebrar de veras el matrimonio; no era eso lo que habíamos convenido. Si yo hubiera estado aquí, no te casas.

DANIEL.—No había otra solución: su padre desconfiaba de mí; sin mi sacrificio, las riquezas del mulato Luis no estarían hoy acumuladas en tu goleta, ni.....

CAPITÁN.—¡Silencio! La brisa lleva las palabras, y puede introducirlas en oídos indiscretos. (*Bajando más la voz.*) ¿Crees que tu suegro no hará uso del dinero en seguida?

DANIEL.—Ya viste cómo lo ha guardado apilando las onzas en su arcón de hierro. Podemos estar tranquilos: la cosa estaba bien dispuesta. Ahora lo esencial es que entretengas á Patria, entre tanto que yo voy á casa..... Necesitaría un hombre que me acompañase; hay algunos miles de pesos en joyas y dinero, y sería necedad no llevarlos. Además, como el niño estará dormido, no me será fácil..... El marinero que está en el bote ¿podría?....

CAPITÁN.—De ningún modo. Debemos evitar que la gente de á bordo se aperciba del más pequeño misterio; para esa comisión es mejor una persona que ni sepa quién eres ni lo que trae, y á la cual perdamos de vista. Aprovecha el primer desconocido con quien tropieces: á lo largo del muelle no faltará un mozo, un marinero cualquiera. Pero no te detengas, Patria debe estar al llegar.

DANIEL.—Ya sabes: con un cuarto de hora que la entretengas tengo bastante, y para alejarla, cuanto más lejos la envíes mucho mejor.

CAPITÁN.—Descuida.

(*Daniel da la vuelta para marchar por el foro derecha, y tropieza con Jaumet, que sale de un bastidor.*)

DANIEL.—¿Qué quieres? ¿Qué hacías ahí? ¿Quién te ha mandado escuchar?

JAUMET.—¿A mí escuchar? Nadie. ¡Si no escuchaba! Estaba aguardando que acabasen ustedes la conversación para..... para pedir un favor al Capitán.

CAPITÁN.—¿Un favor á mí? ¿Qué favor? ¡Habla pronto!

JAUMET (*aparte*).—¡Uf! ¡Qué genio! ¡Me va á dar un no más redondo!

CAPITÁN.—¿Acabarás?

JAUMET.—Sí, señor, empezaré..... Pues..... yo soy del Masnou.

CAPITÁN.—Bien, ¿y qué?

JAUMET.—(Malo; no le ha conmovido que seamos paisanos.) Que como soy del Masnou y no tengo dinero para volverme á mi tierra, quisiera..... que me llevase usted; yo le serviría en cuanto fuese menester, y.....

CAPITÁN (*interrumpiéndole*).—¡Holgazán! ¡atrevido! ¿Conque que te lleve de balde, eh?

JAUMET (*llorando*).—Señor capitán, si yo no soy eso que usted dice; soy Jaumet, el ahijado de la *Pilota*; soy un *bon xicot.*

CAPITÁN.—Sí, un granuja, un perdido que no querrá trabajar.

DANIEL.—Vamos, hombre, llévale. (*Bajo aparte.*) Cede. (*Alto.*) Parece buen muchacho. Si tú no le quieres, lo tomo yo á mi cargo y te pagaré su pasaje.

CAPITÁN (*haciendo que cede por fuerza*).—Siendo así.....

JAUMET.—¡Gracias, señor! Dios se lo pague á usted, y yo cuando pueda, porque no hay quien me gane á ser agradecido; ya verá usted cómo no tiene por qué arrepentirse de su buena obra.

DANIEL.—Así lo espero. Ahora vente conmigo. Me harás un favor, que te pagaré, por supuesto, y además comenzarás á pagarme tú el que acabo de hacerte.

JAUMET.—Sí, señor, lo que usted quiera; de balde, y cuanto usted me mande; hasta darme un chapuzón, si fuese menester.

DANIEL.—No será necesario que te bañes. Vamos.

JAUMET.—Andando.

DANIEL (*aparte al Capitán*).—Mucha serenidad cuando hables con Patria; acuérdate de que no es tonta.

CAPITÁN.—No lo olvido.

JAUMET (*que habrá estado dando saltos y como si hablase al Marinero*).—¡Que me vuelvo á España, que me voy de La Guaira! ¡Si me parece mentira! (*Dirigiéndose á Daniel, que se ha marchado.*) Allá voy, mi señor. ¡Qué gusto! (*Vase corriendo tras de su nuevo amo por el foro derecha.*)

ESCENA III

CAPITÁN.—Luego PATRIA.

CAPITÁN.—¡La impaciencia me consume! Quizás soy un necio aguardando á Daniel. Mi negocio está hecho, y si marchase sin él, todo el cargamento sería para mí. El buque está listo y despachado; si quiero, puedo salir inmediatamente. ¿Por qué no me atrevo?.... Porque con una palabra podría sepultarme en un calabozo. Me perseguiría, sí; es malo, es rencoroso, y jamás me perdonaría que le hubiese burlado. No hay remedio; nuestras suertes están unidas, como nuestra fortuna. De hoy en adelante, ya no soy yo; soy otro él, como él no puede ser él sin ser otro yo. (*Transición.*) Pero ese mentecato que quiere al hijo de una mulata como yo puedo querer á mi Purita, á la hija de mi hermosa Susana. ¡Qué

aberración!.... ¡Y el maldito chiquillo puede ser la causa de nuestra desgracia! ¡Si llora, si le sorprende una criada cuando huya con él, si le persiguen y me impiden la salida!.... ¡Oh! no quiero pensar que puedan detenerme. Hasta que no haya salido del puerto no tendré tranquilidad. ¡Con qué placer sabrá mi Susana que es este mi último viaje! Llegaré rico, y aun lo seré mucho más, muchísimo más. Todo para ellas, para ellas, para mis dos amores.....

PATRIA (*entrando*).—Buenas noches, Capitán.

CAPITÁN (*asustado*).—¡Eh! ¿quién va? (*Tranquilizándose.*) ¡Ah! ¿eres tú?

PATRIA.—Cualquiera diría que no me esperaba usted y que lo he sorprendido..... ¿Y Daniel? ¿Cómo no está con usted?

CAPITÁN.—Daniel..... Tropezó con un amigo cuando salíamos de casa de tu padre; le habló de un negocio, y se fueron juntos á..... la verdad, no sé adonde, porque no hice alto en la conversación. Tu marido me encargó que viniese á esperarte para que no te encontrases sola, y me dijo que estaría con nosotros antes de diez minutos.

PATRIA (*conformándose con la explicación*).—¿Estuvieron ustedes, pues, en casa de mi padre?

CAPITÁN.—¡Ya lo creo! Hemos ido á entregarle nada menos que ochenta mil pesos, con una ganancia líquida de diez mil. ¡Ya podéis estar contentos!

PATRIA.—Pues yo estoy disgustada.

CAPITÁN (*alarmado*).—¿Por qué?

PATRIA.—Porque siento que Daniel haya aconsejado á mi padre la venta de sus haciendas; le producían suficiente para vivir todos, y no había riesgo de ninguna clase.

CAPITÁN (*turbado*).—¿Y qué riesgos corre ahora?

PATRIA.—El de hacer un mal negocio. Si mi padre las hubiese vendido por su gusto, bien hecho estaría; pero como ha sido consejo de mi marido, estoy temerosa de un desastre. Luego eso de adelantar dinero á los cosecheros, aprovechando sus necesidades, es cosa que me repugna.

CAPITÁN.—Pero hacen un trato lícito..... no roban á nadie.....

PATRIA.—No roban, pero explotan.

CAPITÁN.—Vamos, Patria, esos sentimientos son ridículos y exagerados. Tu padre y tu marido no han hecho nada malo por haber comprado barato el cacao que me han vendido á mí al precio corriente; son acaparadores, y por algo adelantan su dinero.

PATRIA.—¿Y usted tan cristiano, tan religioso, califica de exagerados mis sentimientos?

CAPITÁN.—¿Acaso tiene que ver una cosa con otra? Los negocios no son asuntos de Dios.

PATRIA.—Ciertamente; son miserias de los hombres.

CAPITÁN.—Además, yo no me olvido de la religión y hago partícipes de mis ganancias á los ministros del Señor. ¿No crees que es esto muy laudatorio?

PATRIA.—¿Quién lo duda? ¿Supone usted que yo no soy religiosa? ¡Mis padres me han hecho educar en un convento!

CAPITÁN.—Ya sé, ya sé que eres una mulata muy señorita; la verdad es que el color te ofende.

PATRIA.—No lo crea usted; estoy contenta. Cuando juzgaba imposible que Daniel me diese su nombre, maldecía mi raza, sin pensar que mi maldición envolvía á los que me dieron el ser; pero el día que fuí su esposa, no me hubiera trocado por la más hermosa de las blancas.

CAPITÁN.—Daniel debe quererte mucho, porque no todos los hombres de sus méritos y de su figura.....

PATRIA (*acabando el concepto*).— Se hubieran casado conmigo. ¿No es esto lo que iba usted á decir?

CAPITÁN.—Eso precisamente, no.....

PATRIA.—Pero una cosa parecida. Si no me ofendo: ya sé que soy mulata y que mi raza es despreciada por la de ustedes; por eso estoy más orgullosa del amor de mi Daniel y de la hermosura de mi hijo. (*Transición.*) Es muy hermoso mi hijo, ¿verdad?

CAPITÁN.—Sí, por cierto, es un chiquillo precioso; tiene la misma cara de su padre; guapísimo, ya lo creo. (*Transición.*) ¿Sabes que tarda Daniel? El arroz se estará pasando; dije que lo tuvieran listo para las nueve en punto (*mirando el reloj*), y ya son. A ver si me priva del placer de obsequiaros esta noche, por ser la última. Quería daros una excelente paella, y.....

PATRIA.—Siento mucho que Daniel.....

CAPITÁN (*con impaciencia*).—¡Es cosa rara!....

PATRIA (*alarmada*).—¿Cree usted que puede haberle ocurrido algo?

CAPITÁN.—A él..... no.

PATRIA.—¿Pues á quién?

CAPITÁN.—Te diré la verdad.

PATRIA.—¡Dios mío! ¿qué ocurre?

CAPITÁN.—A Daniel no le ha pasado nada; pero..... tu padre.....

PATRIA.—¡Mi padre! ¿Qué le ha pasado? ¡Acabe usted!

CAPITÁN.—No te alarmes, no será cosa grave; le dió un accidente cuando íbamos á salir, y como se acercaba la hora de reunirnos contigo, Daniel me rogó que viniese; pero que no te dijese nada, á no ser que tardase más de lo regular.

PATRIA.—¡Y tarda! Luego mi padre está peor. ¿Por qué no me lo ha dicho usted antes? ¡Oh! voy á verle.

CAPITÁN (*con doble intención*).—Tal vez sea inútil tu viaje..... Pudiera ocurrir que.....

PATRIA.—¿Qué? ¿Que hubiese muerto acaso? ¡Oh! ¡Padre de mi alma! (*Vase corriendo por el foro derecha.*)

ESCENA IV

CAPITAN.—Luego DANIEL y JAUMET.

CAPITÁN.—Sí, corre, corre (*riendo*). La casa de tu padre está felizmente más lejos que la tuya, y en ir y volver tardarás cerca de una hora. Para entonces ya nos habremos puesto en franquía. ¡Bendita ocurrencia! La brisa sopla más que de ordinario, y pocos minutos tardaremos en ponernos fuera de alcance. Cuando lleguemos á bordo, ya estarán levadas las anclas y los trapos dispuestos á hincharse. Sólo falta que haya tenido Daniel algún contratiempo..... Pero no, no debe tardar. ¡Eh! (*dirigiéndose al marinero que dormita en el bote.*) ¡Miguel! Listo; prepárate á desatracar.

(*El Marinero hace preparativos. Entran corriendo Daniel y Jaumet: el primero con un niño rebujado y envuelto de manera que no se pueda precisar bien lo que es; el segundo con una caja pequeña, pero que parece pesar mucho.*)

DANIEL (*entrando y bajo al Capitán*).—Francisco, vamos; no hay que perder tiempo; el infierno ha complicado el asunto. (*Jaumet entrega la caja al Marinero*). He tenido que extrangular á la negra Rosa, que estaba al pie de la cuna.

CAPITÁN.—¿Pero estás seguro que ha quedado muerta? ¿No habrá gritado después?

DANIEL.—No lo sé. ¡Por Cristo, vamos!

(*Daniel salta precipitadamente en el bote, y detrás el Capitán. Jaumet, que habrá estado esperando que se embarquen para seguirles va á saltar; pero el Capitán se vuelve y le contiene.*)

CAPITÁN.—Hasta mañana no salimos, muchacho; puedes venirte á las diez. (*Sacando dos onzas del bolsillo.*) Ahí tienes dos onzas para que te compres lo que necesites. (*Volviéndose al Marinero.*) ¡Avante!

(*El bote parte ligero, y Jaumet queda haciendo toda la mímica que se le ocurra para expresar la alegría y el asombro.*)

ESCENA V

JAUMET, solo.

JAUMET (*después de una pausa*).—¡Viva el Capitán! ¡Dos onzas! ¡Dos onzas á mí! ¡á Jaumet! ¡al desgraciado Jaumet, que no ha reunido jamás cinco duros!.... ¡Cuando yo decía que en sien-

do del Masnou había de ser bueno por fuerza! ¡Pues no faltaba más sino que este Capitán abandonase al que todo el pueblo mantenía!.... ¡Dos onzas! ¡Cuando me vean llegar tan rico! (*Transición.*) Convidaré á mi padrino el Quimet, á los del *nas bermell*, á los de Perico..... Los convidaré á todos, sí, señor; daré un convite general, para que no crean que el dinero me ha hecho orgulloso; y también mandaré decir unas misas por mi madrina, que tanto me quería. (*Conmovido.*) ¡Pobrecita madrina! ¡Qué buena era! ¡No la olvidaré nunca! Aunque llegase á marqués ó capitán, siempre diría que soy ahijado de la *Pilota*..... (*Transición.*) ¡Ea, ea! ¡Señor Jaumet!, ¡vamos á cuentas! Es necesario que se formalice usted y piense lo primerito en equiparse; porque la verdad es que los hábitos (*mirándose*) no corresponden á un capital de dos onzas de oro. ¡Y qué bonitas! (*Mirándolas.*) ¿Dónde habrán estado metidas, que no han envejecido? ¡A mí qué me importa dónde han estado! Ahora las tengo yo; son mías; las he ganado con el sudor de mi frente. (*Transición.*) Y que no es mentira; porque aquella cajita pesaba más..... ¿Qué diablos tendría dentro? (*Dándose una palmada en la frente.*) ¡Tonto de mí! ¡Está claro! ¡Tenía onzas! ¡A qué tantas precauciones, si no! (*Transición.*) Llegamos á una casa: el señor del alma caritativa me mandó esperar en una esquina y que no me moviese hasta que él no me llamase. Así lo hice; y si no me llama en toda la noche, allí me quedo; ¡no faltaba más, después de lo que había hecho por mí! Entró en la casa, y no tardó mucho en salir; pero estaba tan atolondrado, que me dijo: «Toma el niño.» Y me dió la caja. Y de veras que parecía un niño el bulto que traía. ¿Lo sería? ¡Quién sabe! ¡Pobre señor! Quizás sea viudo, y la pena de marchar solito con su hijo le hiciese andar así..... No, pues si tiene un niño, yo le cuidaré todo el viaje; jugaré con él, le serviré de madre..... Y queriéndole mucho pagaré á su padre el beneficio que me hace..... Y á todo esto, aquí me estoy pensando en lo que no me importa, y no pienso en lo que más prisa me corre: en preparar el equipaje. (*Con énfasis.*) El equipaje, sí, señor; yo tendré equipaje..... (*Riendo.*) ¡Qué gracia! (*Con resolución.*) Compraré seis camisas, dos trajes, un par de zapatos para diario y dejaré estos para los días de fiesta..... digo, no; compraré unos para los días de fiesta y echaré estos á todo trote. Un sombrero, un bastón, una sortija..... (*Reflexionando.*) Mejor que sortija será un reloj..... Es muy útil saber la hora en que uno vive..... ¡pero es tan bonito llevar sortija!.... La pondré aquí (*señalando el índice de la mano derecha*), y la gente se quedará embobada mirándome la mano. Es el caso que también quisiera reloj; pero las dos cosas no pueden ser: no quiero acostumbrarme

á derrochar el dinero. Lo mejor será que juegue á cara ó cruz, y que la suerte decida si ha de ser reloj ó ha de ser anillo. (*Mirando una onza.*) Por aquí sortija y por aquí reloj. A la una..... á las dos..... á las..... tres. (*Tira la onza, y ésta se hace pedazos al chocar contra el suelo. Queda asombrado un instante, y rompe á llorar con desconsuelo. Coge uno de los pedacitos y lo mira mucho.*) ¡Cómo no se había de romper. si es oro de vidrio! ¡Qué desgraciado soy! ¡Pero qué desgraciado! (*Llora otro poco, y toma una resolución. Coge los pedazos.*) Voy á recoger los pedazos; mañana se los enseño al Capitán para que me crea y me dé otra. También á él le habrán engañado. ¡Pobre señor! Si en esta tierra son capaces de cualquier cosa. Tengo yo muchísima razón en querer marcharme de La Guaira. En el Masnou jamás se vén estas picardías. (*Saca la otra onza, que habrá guardado cuando tiró la primera.*) Esta infeliz se ha quedado huérfana..... y parecen iguales. Yo no entiendo de moneda; pero he visto que juegan con ellas á la pelota para saber si son buenas. Vamos á ver: si bota, buenísima; si no bota..... (*La tira con fuerza, y también se hace pedazos.*) (*Con rabia.*) Pues esta ya no cuela. (*Dirigiéndose al mar.*) ¡Pillo! ¡granuja! Me ha engañado como á un chino. Sabía que eran malas; ¡está claro! Por eso ha sido tan generoso..... (*Transición rápida.*) No; ese tunante no puede ser del Masnou; el Marinero me ha engañado. ¡Ladrón! Me ha robado dos onzas; me las ha robado; me las ha sacado del bolsillo. Ya no quiero su pasaje, ni su caridad, ni sus onzas. Ahora mismo voy á coger un bote..... cualquiera..... el primero que pille..... para desahogarme llamándole pillo delante de la tripulación. Me acercaré mucho al buque, y gritaré: «¡Ah de la *Bella Susana!*» «¡Quién va!», me contestarán. «Jaumet» diré yo; «el ahijado de la *Pilota* del Masnou, que viene á llamar pillo y ladrón al Capitán, porque le ha estafado dos onzas.» Y viraré en redondo, bogando firme para tierra, no sea cuento que suelten un bote y me den caza. Voy, voy ahora mismo. ¡Pillo! ¡bribón! (*Vase corriendo á lo largo del muelle.*)

ESCENA VI

PATRIA, sola.

PATRIA (*entrando agitada*).—No están. (*Mirando al embarcadero.*) Tampoco está el bote. ¿Por qué me habrá engañado? Mi padre estaba cenando tranquilamente, y por no alarmarle no me he atrevido á contarle lo que el Capitán me ha dicho. Se sorprendió al verme entrar tan agitada, y me disculpé ase-

gurándole que tenía el presentimiento de que le ocurría algo. Me dijo que de allí habían salido juntos Daniel y el Capitán, y que él por sus achaques no había querido venir á cenar con nosotros. ¿Qué misterio hay aquí, Dios mío? ¿Habrá pasado algo á Daniel? El Capitán debe haber vuelto á bordo. Su bote ha marchado. Pero ¿y mi marido? ¡Qué cosa tan extraña! Si hubiese por aquí alguien á quien poder preguntar..... (*Acercándose al embarcadero.*) Allí diviso una embarcación. ¡Eh! ¡Botero!

JAUMET (*en el mar lejos*).—¿Quién llama?

PATRIA.—Atraca: te necesito.

JAUMET (*más lejos*).—No puedo, llevo mucha prisa.

PATRIA.—¿Has visto por casualidad al Capitán de la *Bella Susana?*

JAUMET.—Por casualidad, no, señora; por desgracia.

PATRIA.—¡Dice que lo ha visto por desgracia!

JAUMET (*más lejos*).—¡Valiente pillo, me ha dado dos onzas falsas!

PATRIA (*dando un grito*).—¡Jesús! ¡Falsas! ¡Ah! A mi padre le ha pagado en esa moneda; bien claro me lo ha dicho: ochenta mil pesos en onzas de oro. ¡Oh! sí, ese hombre ha urdido alguna trama horrible; su turbación, su desasosiego, la mentira del accidente..... Quería alejarme, no hay duda, y antes habría alejado á Daniel con otro engaño. ¡Acaso huye en este momento! ¿Será posible tan criminal proceder? ¡Voy á buscar á mi marido! No me atrevo á volver á casa de mi padre: le mataría la impresión. Pero ¿y mi Daniel? ¿Qué habrá inventado ese hombre para alejarle de aquí? Voy á casa; tal vez esté allí, y si no está, le buscaré para que impida la marcha del buque hasta reconocer las monedas. ¡Oh! Mi corazón me decía que la amistad y los consejos de ese hombre habían de ser funestos á Daniel. ¡Dios mío! ¡Dios mío! no consientas una tan grande felonía. (*Vase corriendo.*)

ESCENA VII

JAUMET.—Luego PATRIA.

JAUMET (*atracando el bote y saltando en tierra*).—¡Infames! Se han dado á la vela, y aunque me hubiese reventado bogando no los hubiera alcanzado; ¡y eso que me tocó un botecillo más ligero!.... Pero ¡quiá! Pronto llegué á ver que la goleta no estaba en su sitio, y mirando, mirando, la divisé saliendo á todo trapo. Hasta la brisa les favorece, porque sopla más que otros días. ¡Si todos los pillos tienen suerte! Y el que se compadecía de mí ¿quién sería? ¡Quién había de ser, otro

tunante! Lo juraría por todo este puñado de cruces (*cruzando las manos entrelazando los dedos*) sin temor de condenarme. ¡Sabe Dios lo que llevaría en aquellos bultos! ¿Sería de veras un niño? ¿Lo habrá robado, como el otro me robó mis dos onzas? ¡Ah maldito! Si alguna vez te cojo por banda, soy capaz de romperte la cabeza ó de meterte un *cop de puny* que te salte las muelas..... ¡Adiós esperanzas mías!

PATRIA (*dentro*).—¡Daniel, Daniel! (*Sale.*)

JAUMET.—Soy Jaumet.

PATRIA.—¡Por Dios! Dime si has visto á mi marido.

JAUMET.—No tengo el gusto de conocerle.

PATRIA.—Compadécete de mí; me han robado á mi hijo.

JAUMET (*rápido y con entusiasmo compasivo*).—¡Ah! ¿Un niño pequeñito?

PATRIA.—Sí. ¿Sabes dónde está? ¡Habla!

JAUMET.—Lo han embarcado.

PATRIA.—¿Quién? Contéstame, ¡por Dios! ¡por tu madre!

JAUMET.—Dos infames: el Capitán de la *Bella Susana* y un amigote suyo.

PATRIA (*aterrada*).—¡Jesús! ¡Un amigo! ¿Qué señas tiene?

JAUMET.—¿Señas? No lo sé. Sí, tiene barba..... (*Puede indicar alguna otra seña de la persona ó traje del actor á que se refiere.*)

PATRIA.—¡¡Daniel!! ¡Llévame, llévame, por Dios! Anda, no te detengas; me roban á mi hijo. ¿Sabes tú lo que es un hijo? ¿Sabes lo que es una madre? ¡Anda, anda!

JAUMET.—¡Miserables! (*Con desconsuelo*).—Han huído.

PATRIA (*corriendo hacia el embarcadero gritando*).—¡Hijo! ¡¡hijo!! (*Cae desplomada antes de realizar la intención de tirarse al mar.*)

JAUMET (*gritando*).—¡Socorro! ¡Aquí! (*Dirigiéndose al mar.*) ¡Pillos ¡Canallas! ¡Ladrones! ¡Algún día nos veremos! (*Amenaza con los puños, y se vuelve á socorrer á Patria, gritando:*) ¡Socorro!

TELÓN RÁPIDO

ACTO I

Châlet elegante. Jardín con verja al fondo y puerta en el centro de la verja. A la derecha, el *châlet* con escalinata principal y otra más pequeña frente al público. A la izquierda, un pabelloncito para el portero, sobre cuya puerta de entrada se leerá «Conserje», y ventana frente al público, haciendo juego á la segunda escalinata del *châlet*. — Mesas de mármol, bancos, mecedoras, plantas, etc.— Aparece Quimet, el conserje, recortando las plantas con unas tijeras de jardín.

ESCENA PRIMERA

QUIMET.—Luego JAUMET.

QUIMET.—Aunque con buenos modos, lo cierto es que la señora me ha dicho esta mañana que tengo el jardín descuidado. El descuido no es cosa mayor; pero como la señora es así..... No hay nada más exigente que el dinero, ¡carape! ¡Quién le había de decir á mi camarada Alejandrón el Roig que su hija había de subir tanto!.... ¡Cuidado que ha subido! ¡Carape! Cuando la casó con Montagut (*dándose una palmada en la boca*), con el señor Montagut, ya sabía que el yerno prometía mucho. Y cumplió ¡carape! cumplió lo que prometía: es banquero, millonario, personaje y.....

JAUMET (*desde la verja*).—¿Señor Quimet?

QUIMET.—¿Quién me llama?

JAUMET.—Un amigo. Haga usted el favor de abrir.

QUIMET.—¿Un amigo? (*Acercándose á la verja y mirando mucho.*) Así será; pero yo no tengo el gusto de conocer á este amigo que me ha caído de las nubes.

JAUMET.—No, señor Quimet, si no me he caído de ninguna parte. Vengo de las Américas.

QUIMET (*con alegría*).—¿De las Américas? (*Abre con prisa y satisfacción.*) Pues muy bien venido, y tanto gusto que haya llegado con la salud que representa.

JAUMET (*entrando*).—¡Abráceme usted, señor Quimet!

QUIMET.—No tengo inconveniente. (*Después de abrazarle.*) Pero ¿se puede saber á quién abrazo?

JAUMET.—Míreme usted bien primero, á ver si me reconoce. (*Quimet lo mira y da vueltas á su alrededor para verle mejor.*)

QUIMET.—Jamás de los jamases he visto á usted.

JAUMET.—Pues todavía me duelen los pescozones (*tocándose la nuca*) que usted me tiene dados.

QUIMET.—¿Yo? ¡Ave María y qué bruto sería yo entonces. De eso hará mucho tiempo.

JAUMET.—¡Bastante!

QUIMET.—Pero en suma: ¿quiere usted decirme quién es?

JAUMET.—Soy Jaumet, el ahijado de usted y de la *Pilota.*

QUIMET.—¡Ánimas benditas! ¿Tú eres aquel muchacho? ¿Tú? ¡Ahijado de mi alma! (*abrazándole con efusión*). ¡Ahijado de mi vida!

JAUMET (*enternecido y secándose una lágrima*).—¡Padrino!

QUIMET.—Si ya decía yo que habías de llegar á ser hombre.

JAUMET.—¡Ya lo creo! (*Con buen humor.*) ¡So pena de morir antes!

QUIMET.—Quiero decir que habías de llegar á ser algo; porque después de tantos años en América..... vendrás rico.

JAUMET.—No, padrino, vengo pobre; pero tan honrado, que soy digno de usted y de mi madrina, á la que jamás he podido olvidar.

QUIMET.—¡Guapo muchacho! ¡Así me gusta! La pobreza no es deshonra, y teniendo salud para trabajar.....

JAUMET.—Eso mismo pienso yo.

QUIMET.—¿Y qué vientos te traen por el Masnou?

JAUMET.—¿Qué vientos pregunta usted? El corazón, padrino, el corazón, que ha estado siempre con ustedes.

QUIMET.—Dame otro abrazo, Jaumet. Estoy orgulloso de haberte tenido en la pila con mi prima, que esté en gloria. (*Transición.*) Conque vamos á ver, ¿dónde tienes el equipaje?—Porque siendo yo tu padrino, supongo que vivirás conmigo. Estoy aquí recogido casi por caridad, desde que no puedo navegar. Hago de portero, de jardinero y de amo, cuando no están los señores, y como soy solito, me sobra la mitad de ese palacio (*señalando la portería*). No creo que moleste á nadie permitiéndome el lujo de hospedar á mi ahijado.

JAUMET.— ¡Muchas gracias, padrinito! Si hubiera venido solo, aceptaría su hospitalidad por unos días; pero vengo acompañado.

QUIMET.—¿Te has casado? ¿Dónde está tu mujer?

JAUMET.—No me he casado; pero..... traigo compañía.

QUIMET.—¡Malo, malo, malo, malo! Eso ya no me gusta. La moralidad es lo que Dios manda, ante todo. Si mis amos lo supieran, ni hablar contigo me dejarían; porque esta casa es.....

JAUMET (*interrumpiendo*).—¡Pero padrino! usted se lo piensa y se lo dice todo. ¡Si la compañía que traigo es mi ama! La sirvo desde hace veinte años.

QUIMET.—¡Acabaras! Eso me regocija. Tan larga fecha denota que te has portado bien. Tu señora será alguna ricachona.....

JAUMET.—No, señor; es una señora muy pobre

QUIMET.—¿Te estás burlando de mí?

JAUMET.—¡Dios me libre! Y para que no se confunda usted más, voy á explicarme. Ante todo, ¿dónde están los señores?

QUIMET.—El señor Marqués, en Barcelona, y los demás paseando en bote.

JAUMET.—¿Y quién es ese señor Marqués?

QUIMET.—¿Que quién es? ¡Carape! ¡Vaya una pregunta! ¿Que quién es el señor Marqués de la Trinidad? ¡Pues si es más conocido!.... ¡Claro, como tú acabas de llegar, no sabes!....

JAUMET.—Sé que aquí hay dos amos: el que fué capitán de la *Bella Susana* y un marqués que es socio suyo y casi hermano.

QUIMET.—¡Chist!.... ¡Calla!.... Aquí no se habla jamás del tiempo viejo. La señora no quiere oir que su marido fué antaño capitán de goleta.

JAUMET.—Descenderá ella de algún virrey.....

QUIMET.—¡Ya, ya! ¡Si es la hija de Alejandrón el Roig! ¿Te acuerdas tú del Roig?

JAUMET.—¡Maldita sea su estampa! ¡Pues no me he de acordar! Si me embarqué con él, y me dejó en La Guaira abandonado.

QUIMET (*bajando la voz*).—Pues mira, no es mucho mejor la hija.

JAUMET.—Padrino: antes que vuelvan, quiero hablar con usted de un asunto que me interesa.

QUIMET.—Di.

JAUMET.—Anteayer llegué á Barcelona con mi señora. Esta mañana, no pudiendo resistir más el deseo de venir al Masnou, pedí permiso á mi ama, y ella, por no quedarse sola, quiso venirse conmigo.

QUIMET.—¿Y dónde está?

JAUMET.—Aquí cerquita; en la posada donde hemos comido. Pregunté allí muchas cosas que me importaban..... es decir, pregunté noticias de todo el pueblo, y supe que vivía usted aquí, y quiénes eran sus amos, y supe también que al señorito, hijo del Marqués, le quiere mucho todo el mundo, porque es muy bueno.

QUIMET (*con entusiasmo.*)—¡Ya lo creo que le quieren! Hace un año que acabó la carrera de abogado, y ya ha ganado dos pleitos en favor de dos pobres del pueblo.

JAUMET.—Ya sé que los defiende de balde.

QUIMET.—Y les paga el papel sellado. ¡Si es una alhaja el seño-

rito Luis! Lástima que no lo merezca la mujer que ha escogido.

JAUMET.—¿Y quién es?

QUIMET.—¿Quién ha de ser? La señorita Pura, la hija del otro amo.

JAUMET (*aparte, bromeando.*)—¡Vamos, hija de su padre y nieta de su abuelo! (*Alto.*) ¿Y la quiere mucho el señorito Luis?

QUIMET.—¿Qué es querer? ¡Está ciego por ella!

JAUMET (*aparte*).—Tenemos un enemigo más..... el amor; pero no hay que achicarse. (*Alto.*) Pues, padrino, quisiera que hablase usted al señorito para que concediese una audiencia á mi señora. Teniendo tanto talento como dicen, podría aconsejarle lo que debe hacer en una cuestión que la trae á España. ¡Cómo ella es pobre!

QUIMET.—¿Y es cosa justa..... de buena ley?

JAUMET.—¡Y tan de buena ley!

QUIMET.—Pues dalo por hecho; el señorito no se negará. (*Se oye cerca de la verja una carcajada de Pura.*) ¡Ahí vienen! Métete en mi casa, para que no te vean así de sopetón. Cuando le haya dicho algo, te llamaré. Con los otros no me atrevo; pero con él.....

JAUMET.—Aproveche usted la primera ocasión, porque queremos volver hoy á Barcelona.

QUIMET.—Descuida.

(*Jaumet entra en la casa del portero, y cierra éste la puerta; después corre á abrir la verja. Aparecen Susana, Pura, Luis, y después pausadamente Montagut, que se irá á sentar en un banco cerca de la ventana, donde estará Jaumet curioseando por verles á todos, especialmente á Luis; pero sin dejarse ver de ellos. A Montagut no le verá, por estar sentado casi al pie de la ventana, hasta que lo marque el diálogo.*)

ESCENA II

SUSANA, PURA, LUIS, MONTAGUT, QUIMET y JAUMET, en la portería.

SUSANA (*entrando*).—¿No ha venido el señor Marqués?

QUIMET.—No, señora.

SUSANA (*mirando los arbustos*).—¿Parece que te ha servido la reconvención de esta mañana?

QUIMET.—¡Y si supiera usted cuánto siento merecerlas!

PURA.—Si lo sintieras, pondrías más cuidado en aprender lo que te enseñamos.

QUIMET.—¿En qué la he disgustado á usted también, señorita?

PURA.—Me has disgustado y me disgustas ahora mismo. Mil veces te he dicho cómo debes tratarnos, y siempre te olvidas; ¿por qué no pones cuidado?

QUIMET.—¡Tengo tan mala memoria! ¡Si quisiera usted repetirme la lección!

PURA.—¡Si no hay cosa más fácil! En lugar de decirme: «Si quisiera usted», debes decir: «Si quisiera la señorita.....» A las personas de nuestra clase no se da el usted. Lo mismo hablas al señor Marqués, y eso no se puede tolerar.

JAUMET (*desde la ventana*).—¡Miren la nieta del Roig, y habla ella de tú á un viejo como mi padrino!

LUIS.—No te apures, Quimet; trátanos como puedas. El cariño que nos tienes vale más que todas las cortesanías.

QUIMET (*con alegría*).—¡Señorito!

JAUMET (*con orgullo*).—¡Ese ya es otra cosa! Ahí habla el corazón de su madre.

SUSANA.—Tratándose de nosotros y en familia, se le puede dispensar; pero respecto al Marqués.....

MONTAGUT.—¡El Marqués! Siempre lo tiene en los labios; señal que también lo tiene en el corazón.

JAUMET (*asomándose*).—¿Quién refunfuña por aquí? (*Con coraje y admiración.*) ¡Es el Capitán! (*Reprimiéndose.*) ¡Ah canalla! Si no fuera por no echarlo todo á perder, ahora mismo saltaba sobre ti y te acogotaba.

SUSANA (*levantándose resueltamente de una mecedora*).—¿Vamos á esperar al Marqués?

MONTAGUT.—Yo estoy un poco fatigado, y te agradecería que no fueses. Pueden ir estos (*indicando á Luis y Pura*) con la doncella.

JAUMET.—¡A que se marcha mi abogado!

SUSANA (*enojada*).—No veo por qué motivo haya de quedarme precisamente yo, que no estoy fatigada.

(*Montagut se levanta y se acerca á Susana. Jaumet, que le ve mejor, se sorprende de su estado de abatimiento.*)

JAUMET.—¡Qué viejo está! ¡Qué abatido parece!

MONTAGUT (*bajo á Susana*).—¿Y si te lo ruego yo?

SUSANA.—Como no pasa de ser una tontería ....

MONTAGUT (*con enojo*).—¿Y si te lo mando?

SUSANA (*con altanería*).—¡Entonces iré!

MONTAGUT (*con humildad*).—¡Pues te lo ruego!

SUSANA (*hace una mueca despreciativa*).—Me quedaré, por no dar un espectáculo delante de mi hija.

QUIMET (*aparte*).—¡Y el pobre Jaumet aguardando á que lo llame! ¡Pero quién diablos habla ahora al señorito!

SUSANA (*sentándose de nuevo y alto á Luis y Pura*)—Le esperaremos aquí; quizás no tarde.

QUIMET (*aparte*).—¡Esta es buena! Si pudiera llevarle hacia la

huerta. (*Alto.*) Señorito, ¿quiere usted ver qué hermosos van los pimientos que planté el otro día?

LUIS.—Sí, con mucho gusto. ¿Vamos, Purita?

PURA (*con mimo y displicencia*).—¡Ay! ¡A ver pimientos!

LUIS (*acercándosele con amor*).—Te dispenso de mirarlos. ¿Vienes?

PURA (*cogiéndose de su brazo con coquetería*). — Vamos. Hasta luego, mamá.

MONTAGUT.—¡También yo estoy aquí, hija mía!

PURA.—Sí ya lo sé. Me he dirigido á los dos. (*Vanse.*)

QUIMET (*aparte*).—Me parece que no podrán dar razón de las plantas; pero yo podré atreverme á pedirle al señorito la consulta para Jaumet. (*Vase tras ellos.*)

ESCENA III

SUSANA, MONTAGUT y JAUMET, oculto.

JAUMET.—¡Sabe Dios cuánto tardará ahora mi padrino! Estoy en ascuas. Si á la señora se le acaba la paciencia y se me encaja aquí..... ¡Tiene tal afán por ver á su hijo! «¡Verle, ¡verle! me decía, «¡aunque no le hable!» Pero hay que tener calma; debemos asegurarnos primero. Estamos en mal terreno. Si estos infames nos reconociesen, serían capaces de pagar para que nos asesinasen.

(*Susana habrá estado balanceándose distraída en la mecedora. Montagut observándola y luchando consigo mismo antes de hablar.*)

MONTAGUT (*con dulzura*).—¡Susana!

SUSANA (*indiferente*).—¿Qué?

MONTAGUT.—¿Quieres acercarte?

SUSANA.—No estoy tan lejos.....

JAUMET.—¡Qué amable es la *noya!*

MONTAGUT.—Tengo algo que decirte, y es de índole tal, que no me atrevo.....

SUSANA.—Alguna majadería.

MONTAGUT (*alterado*).—¡Susana!

SUSANA (*en el mismo tono*).—¿Qué?

MONTAGUT (*dominándose*).—¿Es decir que no quieres acercarte?

SUSANA.—No veo la necesidad. Habla desde ahí, si quieres.

MONTAGUT (*levantándose con violencia*).—Está bien; hablaré.

JAUMET.—¡Qué gusto! ¡Se van á tirar las macetas á la cabeza!

MONTAGUT (*acercándose á Susana y después de titubear*).—Es absolutamente indispensable que pongamos término á esta situación.

SUSANA.—¿Y era eso todo lo que tenías que decirme en secreto?

MONTAGUT.—No; tengo que decirte más, mucho más.

JAUMET.—Pues oigamos.

SUSANA (*levantándose con aparente tranquilidad*).—Comienza: ya te escucho; pero te advierto que si pretendes desenterrar aquellos ridículos celos que han dado lugar á mi actitud presente, romperé con las consideraciones sociales y.....

JAUMET.—¡Celos, eh!

MONTAGUT.—¿Qué dices? ¿Que romperás?.... ¿Serías capaz de abandonarme..... de abandonarme, viejo, enfermo del cuerpo y moribundo del espíritu?.... ¡A mí! ¡ A tu esposo! ¡Al hombre que ha hecho de su hogar una religión y de tu hermosura un ídolo! No, no es posible. No has querido decir eso. ¿Verdad que no, Susana de mi alma? No hay duda; interpreto mal tus palabras. ¡Cómo has de pensar en abandonarme!.... Estás enojada conmigo; tienes razón. Te he faltado; he dudado de tu amor, de aquel amor con que recibías al feliz navegante, que arrostraba todos los peligros invocando tu nombre.

SUSANA (*con hastío*).—A que recordar ahora.....

MONTAGUT.—Ciertamente, ¿á qué recordar si para nuestro amor no han cambiado los tiempos? ¿Verdad que no han cambiado para el tuyo? (*Pequeña transición.*) Soy más viejo, sí, ya lo sé; pero tampoco eres tú aquella joven.....

SUSANA.—¿Era para llamarme vieja por lo que tenías interés en que me quedase?

MONTAGUT.—¿Vieja á ti? ¡A tí, que reunes la gracia y la belleza de todas las mujeres! ¡Pues si es tu hermosura la que me consume, la que me mata! (*Exaltándose.*) Tu hermosura, que comparo con mi decrepitud y me produce el más horrible, el más infernal de los tormentos. (*Transición.*) Oyeme, Susana mía; mírame, y contéstame poniendo el corazón en la mirada. ¿Me quieres todavía? ¿Conservas para mí un resto de aquel amor que fué mi gloria?

SUSANA.—Vaya; hoy estás insoportable.

MONTAGUT (*oprimiéndole una muñeca*).—Pero contéstame.

SUSANA.—¡Qué me haces daño¡

MONTAGUT (*acariciándole la muñeca dulcemente.*)—¿Te hago daño? ¡Si no quiero hacerte daño! ¡Daño á ti! ¡A mi bien amado! ¡Perdóname! (*Besándole la mano, que ella pretende retirar.*) ¡Soy un loco, un insensato! ¡Susana de mi vida! Los celos, la duda y la desesperación me trastornan; no sé lo que hago, no sé lo que digo.

JAUMET.—Este ya está pasando el infierno en vida.

SUSANA.—Por eso mismo debes meditar las palabras antes de pronunciarlas.

MONTAGUT.—Sí, sí, ya lo haré; no volveré á molestarte. Pero ven. Contéstame. (*Quiere cogerle otra vez la mano, que ella retira*). ¿Por qué huyes? ¿Te repugna el contacto de mi mano? ¿Te molesto?

SUSANA.—No; pero Luis y Pura pueden volver.....

MONTAGUT.—Todavía no te he dicho lo que quería decirte.

SUSANA (*intranquila*).—Pues acaba pronto.

JAUMET.—Ya estoy yo al cabo de la calle de todo lo que pasa entre esta gente.

MONTAGUT (*tomando la resolución de hablar*).—¿Qué has pensado tú que deben hacer Pura y Luis?

SUSANA.—Casarse; me parece que eso ya lo tenemos acordado

MONTAGUT.—No he sabido explicarme; quise decir lo que harán después de casados.

SUSANA.—Harán un viaje por el Extranjero.

MONTAGUT.—Soy un torpe; tampoco es eso lo que te pregunto; lo que me preocupa es dónde vivirán.

SUSANA (*aparte*). —Te comprendo. (*Alto.*) ¿Que dónde vivirán? En su palacio. ¿Acaso no pertenece al Marqués, y no son ellos herederos del título y de la fortuna?

MONTAGUT.—Tienes razón; no me acordaba que el palacio que habitamos en Barcelona, nada tiene que ver con la sociedad Jiménez-Montagut. (*Vacila.*) Susana, voy á pedirte un favor, del cual pende mi vida.

JAUMET.—Pues no te la salva.

SUSANA.—Acaba; parece que te complaces exasperándome.

MONTAGUT.—En cuanto se case nuestra hija, abandonemos nosotros el palacio.

SUSANA (*aparte*).—Me lo figuraba. (*Alto.*) ¿Que abandonemos el palacio? ¿Por qué? ¡Qué se diría! Veinte años reunidos, y separarnos precisamente cuando mayores vínculos..... Has dicho bien cuando has dicho que estabas loco.

MONTAGUT (*exasperado*).—Es que no puedo más. Es que la desesperación me consume. Es que odio á ese hombre, y el mejor día.....

JAUMET (*frotándose las manos*).—¡Esto marcha!

SUSANA.—Mal pagas los beneficios que le debes.

MONTAGUT.—¿Que yo le debo beneficios?

SUSANA.—Sin su protección y su generosidad, todavía estarías mandando una miserable goleta.

MONTAGUT.—¿El te ha dicho eso?

SUSANA.—Me lo dijiste tú cuando me lo presentaste.—«Aquí tienes á mi hermano del alma. Ha sido tan generoso conmigo, que me ha hecho partícipe de un soberbio negocio.»—¿Lo recuerdas?

JAUMET.—¡No fué mal negocio!

MONTAGUT.—Lo recuerdo, sí; pero no me martirices.

SUSANA.—¡Martirizarte! ¿Por qué? Son tus palabras.

MONTAGUT.—Bueno; pues lo que te he dicho no es cierto. No odio á Daniel; es mi amigo, mi hermano; pero quiero vivir solo contigo, aquí, en esta misma casa, lejos de todos.

SUSANA.—¡Estás disparatando! ¿Qué haríamos aquí solos? ¿Eres tú el que me adoras, y me lo demuestras queriendo reducirme á la sociedad de Quimet?

MONTAGUT (*con violencia*).—Pues no quiero que vivamos más tiempo en comunidad con ese hombre.

JAUMET.—Se formaliza.

SUSANA (*dando la vuelta con desprecio y encogiéndose de hombros*).—Díselo á él. (*Se va al foro, mirando hacia el camino de Barcelona, que se supone á la izquierda.*)

MONTAGUT (*hablando solo*).—¡Que se lo diga yo, yo! Para que se burle de mí, para que me insulte, como tiene por costumbre..... ¡Oh! todos me desprecian. Se aman entre sí, y á mí me aborrecen. ¿Pero por qué? Porque soy un estorbo. Ella desea mi muerte para ser marquesa..... ¡Oh! ni mi hija me quiere. ¡Miserable, miserable de mí, que no puedo romper las cadenas que me ligan á ellos!.... (*Transición.*) Allí está; mira si viene..... le aguarda..... Para él todas las miradas, para él todas las caricias. ¡Oh! y la quiero cada día más..... la idolatro.....

SUSANA (*viendo á Pura y á Luis*).—¿Qué tal los pimientos?

MONTAGUT.—Que no me vean llorar. ¡No quiero que me compadezcan! (*Vase por la escalinata principal del châlet.*)

ESCENA IV

SUSANA, PURA, LUIS, QUIMET, y luego JAUMET.

PURA.—¡No han estado malos pimientos! ¿Sabes para qué nos ha llevado? Para pedirle á Luis que oiga en consulta á una señora que ha venido de América.

SUSANA.—¿Y qué señora es esa?

LUIS.—Ahora nos lo dirá un ahijado de Quimet que está aguardando en la portería.

SUSANA (*sobresaltada*).—¿Ahí? ¿Y por qué metes dentro de la posesión personas desconocidas?

JAUMET.—Teme que me haya enterado de sus mañas.

QUIMET.—Señora, como es de confianza para mí, creí que no hacía daño á nadie.

SUSANA.—¡Que salga inmediatamente!

JAUMET (*aparte*).—Voy á tranquilizarla.

QUIMET (*abriendo la puerta y sin mirar adentro*).—¡Jaumet! (*Jaumet se habrá recostado contra la ventana, haciendo que duerme sentado y á la vista del público.*)

JAUMET (*aparte*).—Duermo.

QUIMET.—¡Jaumet! (*Se oye un ronquido muy fuerte de Jaumet.*) ¡Jesús, se ha dormido!

PURA.—¡Qué bruto!

SUSANA (*aparte*).—Felizmente, porque así no habrá escuchado. (*Quimet entra en la portería y sacude á su ahijado.*)

QUIMET.—¡Jaumet! ¡Despierta, muchacho!

JAUMET.—¡Eh! ¿Quién me llama?

QUIMET.—Que te aguarda el señorito Luis.

JAUMET (*levantándose, restregándose los ojos y estirándose la americana*).—¿El señorito Luis? ¿El señor abogado? Voy corriendo. (*Sigue á Quimet.*)

QUIMET.—Aquí está mi ahijado, señorito.

JAUMET (*se inclina con respeto, sin afectación*).—Servidor de los señores. (*Aparte.*) A ver si ellas me encuentran fino.

PURA (*á la madre*).—No parece tan bruto, á pesar del ronquido.

LUIS.—Me ha dicho tu padrino que quieres hacerme una consulta.

JAUMET.—No soy yo el que quiere hacerla: es mi señora. En la posada nos dijeron que el señorito tenía mucho talento, que era muy bueno..... por eso me he atrevido á suplicar....

LUIS.—En la posada te han engañado; pero ten la seguridad de que haré cuanto pueda por servir á tu señora: puede venir cuando guste.

JAUMET.—Ahora mismo..... pero..... (*Aparte.*) La primera prueba. (*Alto.*) Mi señora.....

LUIS.—¿Qué?

JAUMET.—Que es mulata.

PURA. }
SUSANA. } ¡Mulata!

LUIS.—¿Y qué importa? ¿Dejará de ser una mujer que necesita justicia?

JAUMET.—Pues si los señores me dan su permiso, voy corriendo; la pobre está como asustada..... Luego..... ¡es tan corta de genio!....

LUIS.—¡Pobre mujer! ¡Tráela, ¡tráela pronto!

JAUMET.—Sí, señor, sí; ya estamos aquí. (*Vase corriendo por el foro derecha.*)

SUSANA.—Como no me importa la consulta, voy al tocador entretanto llega el Marqués. Quimet: inmediatamente que avistes el coche, manda que me avisen.

QUIMET.—Está bien, señora.

(*Entra Susana en el châlet por la escalinata principal, y vase Quimet por el foro izquierda.*)

ESCENA V

LUIS y PURA.—Luego PATRIA y JAUMET.

LUIS (*acercándose á Pura precipitadamente y con alegría infantil*).—Hace lo menos dos horas que no me has dicho que me quieres.

PURA.—Las mismas debe hacer que tú no me has llamado bonita.

LUIS (*sorprendido*).—¡Tanto tiempo! (*Precipitadamente.*) ¡Pues bonita, preciosa, hechicera!....

PURA.—Embustero; ¡si me quieres muy poquito!

LUIS (*poniéndose serio*).—¿Que te quiero poco? Si eres mi vida, mi cielo, el ángel de mis ensueños.

PURA.—Entonces, ¿por qué me robas el tiempo?

LUIS.—¿Que te robo el tiempo?

PURA.—Sí; defiendes pleitos, admites consultas y pasan las horas muertas sin que te ocupes de mí. Cuando nos casemos, te prohibiré tener ocupaciones.

LUIS.—Prohíbemelo ahora, si quieres: te obedeceré sumiso; pero no puedo negarte que me gusta ejercer mi carrera. ¡Me distrae tanto!

PURA.—Pues eso es lo que yo no quiero; te distraes y no te ocupas de mí.

LUIS.—Me ocupo de ti en todos los momentos, en todos los instantes de mi vida; pero los pobres que padecen hambre y sed de justicia ¡me inspiran tanta lástima!

PURA (*coquetamente*).—Y yo que padezco hambre y sed de palabras dulces, ¿no te inspiro ninguna?

LUIS.—¡Amor mío!

PURA.—Ahora vendrá esa..... mujer y me robará lo menos media hora.

LUIS.—¡Sabe Dios lo que pasará por ella!

PURA.—Podía haber acudido á otro. (*Resueltamente.*) Me voy.

LUIS (*suplicándole*).—No, quédate. ¡Ya ves; una consulta hecha en el jardín! (*Hablando en voz baja, queriendo Luis convencerla. Entretanto aparecen Jaumet y Patria por el foro derecha. Patria se detiene para mirar á través de la reja. Jaumet siempre pugnando por contenerla.*)

JAUMET.—Si no tiene usted calma, lo echaremos todo á perder.

PATRIA.—Si no puedo; si me mata la impaciencia por verle, por oirle.

JAUMET.—Piense usted que estamos en la cueva de las fieras; piense usted que si su corazón la vende, no podrá explorar el de su hijo. Quien sufriendo esperó tantos años, ¿por qué no ha de esperar unos días? (*Se adelantan.*)

PATRIA (*viendo á Luis, ahoga un grito*).—Aquel es, ¿verdad?

JAUMET.—Sí, aquel es. ¡Por Dios, por él, ya que no sea por usted! ¡Calma mucha calma! Vamos, ¡ánimo! ¡valor! (*Alto, dirigiéndose á Luis.*) ¡Señorito!

LUIS.—¿Ya estás aquí?

PATRIA (*queriendo correr, Jaumet la detiene*).—¡Ah! ¡su voz!

JAUMET.—Esta es mi señora.

LUIS.—Tengo mucho gusto.....

PATRIA.—Permítame usted besar su mano. Estoy tan reconocida á que haya querido usted recibirme, agradezco tanto.....

LUIS.—¡Por Dios! si esto no vale la pena; no me avergüence usted con una gratitud que no he ganado todavía.

PATRIA.—Eterna se la consagraré, por la bondad con que me recibe. (*Reparando en Pura.*) Señorita, discúlpeme usted; no había reparado.....

PURA (*secamente*).—No tengo qué disculpar. (*Aparte.*) ¡Si querría darme la mano!

LUIS.—Me ha dicho su criado que quiere usted consultarme un asunto que la trae á España. Hábleme usted sin temor: ¿de qué se trata?

PATRIA.—De la historia de mi vida; de una página de horror (*movimiento de sorpresa en Luis y Pura*), pero no escrita por mí. ¡Oh, no! Yo soy la víctima.

LUIS.—Sí, sí; lo creo; comience usted.

PATRIA (*pequeña pausa.*)—Soy hija única de un matrimonio honrado y bastante rico. Mis padres quisieron darme educación esmerada, sin suponer que me exponían á un mundo de sinsabores; presentir la luz, y tener inertes las pupilas; ver flores, y no percibir su fragancia; nutrir la fantasía con grandezas humanas, y saber que no formamos parte de la Humanidad; poner el alma en la mente para elevarla á regiones deslumbradoras, y oir que nos está vedado penetrar en aquel paraíso..... ¿Se puede dar mayor tortura? ¿Comprende usted que puede haberla?

LUIS (*conmovido*).—La compadezco á usted, y vislumbro el origen de sus desgracias.

PATRIA.—¡Ah! ¿usted me compadece? ¿usted me comprende?....

JAUMET (*bajo á Patria*).—¡Por Dios!

PATRIA (*reponiéndose*).—Perdonen ustedes mi emoción: los recuerdos á veces me conducen..... Seré breve: no quiero mortificarles por mucho tiempo. (*Transición.*) Un hombre..... blanco..... digo mal..... un monstruo..... pero bello, como debió serlo el angel malo, supo fingirme un amor santo y puro, y hacer brotar en mi pecho una pasión inextinguible. Mi padre desconfiaba de la pureza de sus intenciones, y ni con todas sus astucias y promesas pudo conseguir que le hiciese administrador de nuestra fortuna hasta que nos unimos

en matrimonio. Tuvimos un hijo; ¡un hijo, blanco! ¡Dios oyó mis ruegos! Temblaba temiendo que se me pareciese, y cuando supe que tenía el color de su padre, encontré pequeña la tierra para albergar mi dicha; mi esposo parecía feliz, y se mostraba muy amante. ¡Oh! ¡Con cuanto dolo hacía caer en sus redes á mi pobre padre! Poco á poco fué apoderándose de su voluntad, hasta que le obligó á vender nuestras haciendas, con la esperanza de obtener resultados más considerables traficando en productos indígenas. Hicieron acopios hasta emplear todo el dinero, y no tardó en presentarse un buque español cuyo capitán era íntimo amigo de mi esposo. Compró el capitán lo almacenado, y embarcó toda la fortuna de mi padre; pero esa fortuna fué trocada por onzas de oro falso, y la misma noche que el capitán hizo el pago, huyó mi esposo con él, robándome mi hijo después de ahogar á una negra fiel servidora que velaba al pie de la cuna.

LUIS.—¡Pero eso es monstruoso!

PATRIA.—¿Verdad? ¿Verdad que es horrible?

LUIS.—¿Y tiene usted las pruebas de cuanto dice?

PATRIA.—Sí; las tengo.

LUIS.—¿Y donde se guarecen esas fieras? ¿Qué bóveda celeste las cobija sin aplastarlas?

PATRIA.—¡Ah! usted reprueba esa infamia, ¿verdad? Usted dice que mi color no autoriza á ningún hombre para asesinar á una madre robándole su hijo, ¿no es cierto? ¿No es cierto que las madres todas somos iguales? ¿No es cierto que los hijos han de mirarse antes que en el rostro en el alma de la que les dió el ser? ¡Dígame usted que no estoy equivocada! ¡Dígame usted que cuando encuentre á mi hijo me llamará madre!....

JAUMET (*bajo á Patria*).—¡Por Cristo! (*Patria se rehace*).

LUIS.—Tranquilícese usted, se lo ruego, y acabe de contarme esa historia que ya interesa mi alma.

PATRIA.—He concluído ¿Qué más puedo decir después de haber dicho que me han quitado á mi hijo?.... Cuando loca y arrebatada llegué al muelle, el buque se había dado á la vela. Caí sin sentido.....

JAUMET.—Y yo que estaba allí trinando contra los fugitivos, porque también me habían robado dos onzas..... dándomelas falsas, pedí auxilio á gritos. Se reunió gente; recogimos á la señora, pensando que estaba muerta, y como felizmente la conocían algunos de los que se acercaron, la trasladamos á su casa. Sin que nadie me autorizase para semejante franqueza, me quedé allí toda la noche..... y al día siguiente..... y al otro..... y en fin, hasta hoy.

LUIS.—¿Cuánto tiempo hace de eso?

JAUMET.—¡Uf! era yo un chiquillo.

PATRIA.—Hace veinte años.

LUIS.—¿Y cómo no ha perseguido usted hasta hoy á los infames?

PATRIA.—Porque me ha sido imposible. Mi padre contrajo una enfermedad, cuyo resultado fué una parálisis que le ha postrado en el lecho durante dieciocho años. Se agotaron los pocos recursos de que podíamos disponer, y entonces este infeliz (*por Jaumet*), esta providencia que nos deparó el cielo, trabajó sin descanso para entregarnos el fruto de susafanes.

JAUMET.—¡Bah, bah, bah! eso no es nada; también mi madrina trabajaba para mantenerme cuando yo era pequeño.

PATRIA.—Murió mi padre, y entonces pude entregarme de lleno á la esperanza de encontrar á mi hijo. Trabajámos Jaime y yo con más fe que nunca, y al cabo de dos años habíamos reunido lo suficiente para venir á España. Sin él, sin el apoyo, sin los alientos que me infundía este fiel amigo, tal vez no hubiera tenido yo fuerzas para conservar la existencia.

JAUMET.—¿Quiere usted callar? Mire usted, señorito: yo era un muchacho atolondrado y sin juicio: pero lo que aquellos piratas hicieron con mi señora y con su padre, y las dos onzas que me quitaron la ilusión de ser rico cuando ya me creía un potentado, me clavaron aquí (*señalando el corazón*) una cosa que me volvió otro. Juré que nos veríamos algún día, y yo no juro en vano.

LUIS.—¡Bien! (*Entusiasmado.*) Eres un hombre de gran corazón (*poniéndole la mano en el hombro*): de los que á mí me gustan.

PURA.—(¡Qué confianzas les da! Así, siempre les tendremos en casa.)

JAUMET (*intranquilo*).—Señora, debemos marchar, porque hemos de volver hoy á Barcelona.

LUIS.—Pero no me ha dicho usted los nombres de los villanos.

JAUMET (*precipitadamente*).—Cuando los encontremos Ahora estoy yo sobre la pista, y no tardarán en caer.

PATRIA.—Sí, sí; los sabrá usted cuando vea los documentos.

PURA.—Figúrate qué clase de hombres serán, algunos bandidos que anden robando en cuadrilla.

PATRIA.—¡Oh, no! ¡Mi hijo!....

PURA.—Su hijo de usted habrá seguido con ellos el camino de presidio; porque el mal ejemplo..... como esa gentuza no se enmienda.....

JAUMET (*Va á decir algo Patria, y Jaumet la contiene*).—¡Silencio! (*Alto.*) Es posible que la señorita tenga razón; pero tengo algunos datos..... á medias..... y pudiera ser que los encontrásemos á mayor altura. ¡Vámonos, señora!....

LUIS.—Bien; dentro de unos días regresaremos á Barcelona. (*A Jaumet.*) ¿Sabes dónde vivimos?

JAUMET.—No se apure usted; ya daré con la casa.
PURA.—Es un palacio.
JAUMET.—Pues ya daré con el palacio.
LUIS (*á Patria*).—Vaya usted á verme. Lléveme usted esos documentos, porque estoy interesado en que la ley caiga sobre esos infames.
PATRIA (*rápidamente*).—¿Y cree usted posible que mi hijo reconozca á su madre en la pobre mulata? ¿Cree usted que estampará sus labios en mi rostro sin avergonzarse?
LUIS.—No puedo aventurar una contestación; depende.....
QUIMET.—El señor Marqués.
JAUMET.—Vámonos, vámonos.
PATRIA.—Sí; adiós, adiós; gracias, mil gracias. Hasta muy pronto. (*Vanse corriendo por el foro derecha.*)
(*Quimet se meterá en la casa cuando entra el Marqués, y sale de nuevo, yéndose hacia la puerta.*)

ESCENA VI

LUIS, PURA y el MARQUÉS.

LUIS.—Has hecho mal en decir á esa madre infeliz que su hijo puede estar en presidio.
PURA.—Es lo más probable.
LUIS.—No lo niego, pero es muy duro.....
(*Aparece el Marqués, que se para en la puerta mirando á Jaumet y Patria. Luis y Pura corren á su encuentro.*)
MARQUÉS.—¿Quiénes son aquellos que huyen? (*Pura le pone la frente para que se la bese.*)
LUIS.—No huyen: salen de aquí. Han venido á consultarme.
PURA.—Di mejor que á contarnos una historia.
LUIS.—Pero ¡qué historia, padre mío!
PURA.—Figúrate: una mulata que viene desde América á buscar un hijo que le robaron.
MARQUÉS (*sobresaltado*).—¡Eh! ¿Cómo? ¿Quién?
PURA.—Su marido, que huyó en un buque cuyo capitán engañó al padre de la mulata pagándole un cargamento en onzas falsas.
MARQUÉS (*demudándose*).—¿Qué dices? ¡Imposible!
PURA.—¿Qué te pasa?
LUIS.—Papá, ¿qué tiene usted?
MARQUÉS.—Nada. (*Haciendo esfuerzos por reponerse.*) Digo que no es posible encontrar hombres capaces de..... Esa mulata debe estar loca, ó ha mentido. Las mujeres de su raza son embaucadoras y tienen la imaginación fantástica.
PURA.—Con efecto; esta me parece un poco.....

LUIS.—No lo creas; está cuerda y muy cuerda, y es inteligentísima. Tiene además documentos que acreditan cuanto dice.

MARQUÉS (*aparte*).—Es Patria, sí, ¡no hay duda! (*Alto.*) ¿Y cómo se llaman esos hombres?.... ¿Lo sabéis?

LUIS.—No ha querido decírmelo, hasta encontrarlos. Cuando dé con ellos, me presentará las pruebas.

MARQUÉS.—¿Y cómo ha llegado aquí esa mujer? ¿Quién le habló de ti?

PURA.—Un ahijado de Quimet, que es criado de la mulata desde hace muchos años. Vinieron á verle.....

MARQUÉS.—¿Y Quimet se habrá entrometido?

PURA.—¿Pero qué tienes?

LUIS.—¡Algo le ha ocurrido á usted!

MARQUÉS.—No es nada, hijos míos, no es nada; un pequeño contratiempo financiero..... Dejadme, voy á mi despacho..... Tengo que hablar con Francisco, y deseo que baje. (*A Pura.*) Anda, avisa á tu padre; dile que quiero verle pronto.

LUIS.—¿Me necesita usted para algo? ¿No puedo saber....?

MARQUÉS.—No vale la pena. Son cosas que afectan á negocios que tú no entiendes. No se trata de defender pleitos. Anda, vé á reunirte con Purita.

LUIS (*resignándose*).—Obedezco. (*Vase. Cuando va á poner el pie en la primera escalinata, aparece Susana muy alegre. Luis se aparta para dejarla el paso, y sube en seguida.*)

SUSANA (*bajando con alegría*).—¡Cuánto ha tardado usted!

MARQUÉS (*sin disimular su preocupación*).—Se me han enredado algunas cosas que no he podido despachar antes.

SUSANA (*sorprendida*).—¿Qué tienes?

MARQUÉS.—Nada.

SUSANA (*con gran interés*).—¿Qué te ha pasado?

MARQUÉS.—Te aseguro que nada que pueda alarmarte.

SUSANA.—¿Pues por qué me recibes enojado, cuando yo te aguardaba con febril impaciencia?

MARQUÉS.—¿Enojado contigo? No. Te juro que nada puede alterar mi pasión. Son pequeñas contrariedades en los negocios.

SUSANA.—Me habías asustado: creí que me querías menos. ¡Cuánto anhelaba tu llegada!

MARQUÉS.—¿Sí? Pues ya estoy aquí; pero tengo que hablar á Francisco. He mandado á Pura que se lo diga, y estoy esperándole. Retírate antes que baje. Te prometo subir pronto á decirte que estás más hermosa que nunca.

SUSANA (*con coquetería*).—¿No tardarás?

MARQUÉS.—No tardaré.

(*La lleva hasta el pie de la escalinata, y ella se despide con muestras de galante mimo.*)

ESCENA VII

MARQUÉS.—Luego MONTAGUT.

MARQUÉS (*después de un momento de preocupación*).—Y bien, Daniel, no te acobardes. Has salido triunfante de más arduas empresas. ¿Temblarás ahora? No; lucharé. Esa mulata es Patria. Ninguna duda me cabe. Ha venido á España para perseguirme, para reclamarme su hijo. Sobre esto tampoco puedo hacerme ilusiones. ¿Pero sabrá que ha estado en mi casa? ¿Será casual la venida con ese ahijado de Quimet? Indudablemente. De haber sabido que hablaba con su hijo, no hubiera podido contenerse (*Pensando.*) Tantos años sin dar cuenta de sí..... Cuando yo la creía muerta..... (*Con resolución.*) Nada de rehuir su presencia. Por el contrario, buscarla. Sí, la buscaré. Afrontaré una entrevista; la rogaré si es preciso..... ó la amenazaré..... según convenga. Soy rico; soy poderoso..... ¡Desgraciada si se atreviese á luchar conmigo! Lo que á toda costa necesito evitar es la segunda conferencia con Luis y que éste vea esos papeles. Si encontrase en ellos el nombre de su padre; si por una aberración de sus sentimientos quijotescos tomase la defensa de su madre..... ¡oh! no quiero pensarlo..... Lo mejor será que no se vean, y no se verán, aunque para ello tuviera que hacer con Patria lo que hice con la negra que guardaba á mi hijo. ¡Calma, Daniel, mucha calma, si quieres dominar la situación!

(*Antes de terminar el monólogo, aparece Montagut en la escalinata.*)

MONTAGUT.—¿Qué ocurre? ¿Qué novedad has encontrado en Barcelona?

MARQUÉS.—No es en Barcelona donde hay novedades: las encuentro aquí, á dos pasos de ti.

MONTAGUT.—¿Aquí? ¿Pues qué ha pasado?

MARQUÉS.—¿Ignoras que Patria acaba de salir de este sitio?

MONTAGUT (*asombrado*).—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Que ha estado aquí tu mujer?

MARQUÉS (*contrariado*).—Que ha estado aquí Patria, la hija del mulato Luis.

MONTAGUT.—Sí, la madre de tu hijo.

MARQUÉS (*enojado*).—Bien, sí, la madre de mi hijo. ¿A qué tanta explicación?

MONTAGUT.—¿Pero quién la ha visto? ¿Con quién ha hablado?

MARQUÉS.—Con Luis y con Pura.

MONTAGUT (*aterrado*).—¿Y saben?

MARQUÉS.—Eso es lo que necesitamos evitar: que sepan.

MONTAGUT (*mostrando miedo y terror*).—¿Y crees que nos delatará, que dará parte á la justicia?

MARQUÉS.—No creo nada, porque desconozco sus intenciones; lo que sé es que la haré callar por las buenas ó por las malas.

MONTAGUT.—¡Yo tiemblo, Daniel! Tiemblo ante la idea de que hable esa mujer! Sería necesario sondearla, atraerla; no exasperarla..... capitular.....

MARQUÉS.—¡Eres un cobarde! ¡Capitular! ¿Con qué condiciones? ¿Dándole dinero? Quizás no lo acepte. Reclamará á su hijo.....

MONTAGUT (*gozándose interiormente y hablando con intención*).—¡Y quién sabe si alimentará la esperanza de reclamar el puesto que la corresponde!.... Si tú quisieras, nos perdonaría.....

MARQUÉS.—¡Qué necedad!

MONTAGUT.—Mira, Daniel, yo no sé; pero..... siento remordimientos..... Patria es al fin tu esposa..... es la madre de tu hijo.....

MARQUÉS.—¡Qué! ¿Supones acaso que el marqués de la Trinidad ha de reconocer por esposa á la mulata que abandonó Daniel Jiménez? ¿Y eres tú el que discurre semejantes absurdos? ¿Tú? ¿El que me decía en otro tiempo que una mujer de color no tenía derechos ante Dios ni ante las leyes humanas? (*Con ironía.*) ¿Siente hoy remordimientos el que urdió la trama para estafar al mulato Luis, el expendedor de moneda falsa, el negrero despiadado, el traficante de ébano vivo?

MONTAGUT.—¡Oh! ¡Calla, calla y recuerda que has sido mi cómplice!

MARQUÉS.—Sí; tu aliado. (*Con energía.*) ¿Y qué?

MONTAGUT (*acobardándose*).—¡Nada! pero..... como pretendes arrojar sobre mí toda la carga de nuestro pasado, recordaba que..... nada tenemos que reprocharnos.

MARQUÉS.—¡Eres un miserable!

MONTAGUT.—Tienes razón: soy un miserable; pero no he abandonado á mi esposa ni á mi hija. (*Con furor reconcentrado.*) He robado; he comerciado con carne humana; he asesinado, si quieres; pero ¿sabes por qué? Porque las adoraba; porque las adoro siempre; porque ambicionaba una fortuna para ellas, y he anhelado rodearlas de la felicidad que el oro proporciona. ¿Que me pagan mal, vas á decir? No lo digas: lo sé; lo siento aquí (*golpeándose al corazón*), aquí, en donde llevo la muerte.

MARQUÉS.—Déjate de sensiblerías y no divaguemos.

MONTAGUT.—Tienes razón; pensemos en que tu mujer está cerca de nosotros y en que puede delatarnos.

MARQUÉS.—Es necesario evitarlo. Procura que nadie se aperciba

de tus disgustos. Di, en todo caso, lo que yo he dicho: que una contrariedad en los negocios.....

MONTAGUT (*interrumpiéndole*).—Te parece que..... (*Aparte*) hagamos una prueba. (*Alto.*) ¿Te parece que prevenga á Susana, diciéndola que eres casado?

MARQUÉS.—¡Líbrate de hacerlo!

MONTAGUT (*aparte*).—¡Ah! (*Alto.*) Sin embargo, nada tendría de particular..... dando cierto giro á la historia.....

MARQUÉS (*furioso*).—Te he dicho que no.

MONTAGUT.—Bien; apuntaba la idea solamente.....

MARQUÉS.—Voy á escribir una carta en seguida para enviarla á Barcelona. Quiero tomar medidas cuanto antes. Excuso repetirte que no debes revelar.....

MONTAGUT.—¡Descuida!

(*Vase el Marqués por la segunda escalinata, y aparece Susana en la primera.*)

ESCENA ULTIMA

MONTAGUT y SUSANA.

MONTAGUT.—¡Oh! No quiere que Susana sepa que está unido á otra mujer.

SUSANA (*bajando*).—¡Francisco!

MONTAGUT (*acariciando ideas de venganza, y aparte*). —¡Ah!

SUSANA (*acercándosele mucho*).—¿Qué le ha pasado al Marqués?

MONTAGUT (*aparte*).—¡Cuánto se interesa!

SUSANA.—¡Ha venido disgustado! ¿Por qué?

MONTAGUT (*desentendiéndose de la pregunta*).—¿Sabes, Susana, que ya no tengo celos de Daniel?

SUSANA.—Me alegro mucho; pero ¿qué le ha pasado?

MONTAGUT.—Nada de particular..... una tontería..... No se atrevía á decirme que, debiendo llegar de América una persona *íntimamente ligada* á él, necesitará dentro de poco todo el palacio de Barcelona.

SUSANA (*airada*).—¡Mientes! Eso no puede ser; Daniel no me arroja de su lado.

MONTAGUT (*con amargura*).—¡Ah! (*Alto.*) No te arroja; pero necesita precisamente las habitaciones que ocupas tú.

SUSANA.—¿Las mías? ¿Para qué? ¿Para quién? ¡Habla, habla pronto!

MONTAGUT (*gozándose*).—Ya lo he dicho: debe llegar de América una persona..... una mujer á quien no ha visto hace veinte años.

SUSANA (*violentamente*).—¿Una mujer? ¿Y quién es esa mujer?

¿Qué infierno la arroja entre nosotros? ¡Acaba, acaba, cruel, y no te goces en mi martirio!

MONTAGUT (*aparte*).—¡Ah! ya no puedo dudar. (*Alto.*) Esa mujer es la madre de Luis, la marquesa de la Trinidad.

SUSANA (*desesperada*).—¡No puede ser! no! ¡Daniel! (*Llamándole.*) ¡Daniel!

MONTAGUT (*intentando taparle la boca*).—¿Por qué le llamas? ¡Yo estoy aquí! ¡Yo soy tu esposo!

SUSANA (*apartándole violentamente*).—¡Aparta, viejo imbécil! ¡Daniel! (*Llamando y corriendo hacia la segunda escalinata.*) ¡Daniel!

(*Sube precipitadamente por la escalinata del despacho. La puerta se cierra con violencia. Montagut corre tras ella, intentando detenerla; tropieza en el primer escalón, y cae profiriendo una exclamación de ira y dolor.*)

TELÓN RÁPIDO

ACTO II

Salón elegante, á todo foro, en un palacio de Barcelona.—Dos laterales izquierda y dos derecha: la primera de la izquierda se supone de las habitaciones de Susana, y la segunda de las de Pura; la segunda lateral derecha, habitaciones de Montagut.—Sale Susana de la primera lateral izquierda, y toca un timbre. Aparece al foro derecha un criado.

ESCENA PRIMERA

SUSANA, CRIADO.—Luego CRIADO y QUIMET.

SUSANA (*al criado*).—Diga usted á Pepa que anuncie á la señorita que ya estoy dispuesta para salir, y al señor Marqués que le espero.

CRIADO.—¿Manda la señora otra cosa?

SUSANA.—No. (*El criado se inclina y vase por foro izquierda.*)

SUSANA.—¡Horrible lucha! ¡Momentos hay en que me creo víctima de angustiosa pesadilla! ¿Casado Daniel? ¡Casado! ¡Oh! no, esa unión es ilegal, ese sacramento no puede ser válido. Daniel tiene razón: le será fácil anularlo; es poderoso, y vencerá las dificultades que se le opongan. ¡Insensata! ¿Abrigará la esperanza de ser marquesa? ¡Qué locura! ¡Marquesa una mulata! ¡Oh! ¡Nunca! Ese puesto ha de pertenecer á una dama que sepa darle brillo, que sepa honrarlo..... Ese puesto es mío.

CRIADO (*entrando por el foro derecha*).—¿Señora?

SUSANA.—¿Qué?

CRIADO.—El señor Marqués ha subido á las habitaciones del señorito.

SUSANA.—¿Y por qué no ha ido usted á llevarle mi recado?

CRIADO.—Quise anunciar antes á la señora que acaba de llegar el señor.

SUSANA (*vivo*).—¡El señor! ¿Cómo? ¿Con quién?

CRIADO.—Le acompaña Quimet. Deben haber venido en el tren.

SUSANA.—¿Dónde están?

CRIADO.—El señor en su despacho; Quimet espera órdenes para regresar á la quinta.

SUSANA.—Que suba, y no avise usted al señor Marqués. (*Medio mutis del criado.*) ¡Ah! diga usted á Pepa que no salga del tocador la señorita hasta que yo la llame. (*Vase el criado.*)

SUSANA.—¡Esta venida repentina! Ahora querrá verme; querrá provocar un escándalo con una escena de celos y recriminaciones..... ¡Bah! ¿Y qué me importa? ¿Qué puede hacer ni decir el hombre que tanto tiene por qué callar?

QUIMET (*entrando foro derecha*).—¡Señora!

SUSANA (*violentamente*).—¿Por qué has traído al señor? ¿Por qué no has cumplido las órdenes que se te han dado? ¿No te hemos dicho que cuando estuviese en disposición de venir, avisases para que fuese el coche á buscarle?

QUIMET.—Señora, yo no le traje: le obedecí solamente; por más esfuerzos que hice, no he podido contenerlo. Anoche se despejó como si nada le hubiese pasado. Me preguntó dónde estaban ustedes, y le contesté lo que usted me dejó dicho: que se habían venido precipitadamente á Barcelona, porque el señor Marqués quería apresurar la boda de los señoritos.

SUSANA.—¿Y qué ha dicho á eso?

QUIMET.—Se quedó un rato pensativo; luego me preguntó qué le había pasado. «Nada de particular», le contesté: «que subiendo la escalinata del despacho del señor Marqués, se dió usted un golpecito.» Al oir esto se puso furioso y..... decía unas cosas..... A todo el mundo desafiaba. Se calmó por fin; pero seguía desvariando y me hacía preguntas, á las cuales yo no sabía contestarle. Que á qué había ido mi ahijado al Masnou; que si sabía quién era la mulata que lo acompañaba, y tanto machacó sobre lo mismo, que me obligó á ir á la posada, para que averiguase si estaban allí todavía.

SUSANA.—Tonterías del señor. (*Con indiferencia.*) ¿Y qué te dijeron en la posada?

QUIMET.—Lo que yo sabía: que se volvieron á Barcelona en cuanto consultaron con el señorito Luis.

SUSANA.—Bien; puedes marchar cuanto antes.

QUIMET.—Cuando usted me lo mande.

SUSANA.—¡Ya te lo he mandado! ¡Vete!

QUIMET.—Pues que usted lo pase bien. (*Saliendo y aparte.*) ¡Qué mal educado es el dinero! ¡carape! Ni las canas respeta. (*Vase.*)

ESCENA II

SUSANA.—Luego MONTAGUT y CRIADO.

(*Susana hace sonar el timbre. Aparece el criado por el foro, á tiempo que sale Montagut por la segunda lateral derecha. Susana le ve, y vacila.*)

SUSANA (*volviéndose al criado*).—¡No he llamado! (*El criado hace medio mutis.*) Sí, sí; diga usted á Pepa que traiga mi sombrero y que aguardo á la señorita. (*Vase el criado.*) (*Volviéndose rápidamente á Montagut.*) Estarás contento después de habernos puesto en ridículo, presentándote sin avisar.

MONTAGUT.—¿Desde cuándo necesito embajador ó enviado que me anuncie para llegar á mi casa?

SUSANA.—No se trataba de ninguna embajada: se trataba de mandar un carruaje á buscarte.

MONTAGUT..—¡Mejor hubiera sido no dejarme solo! ¿Tanta prisa os corría venir?

SUSANA.—Creo que no ignoras la urgencia: allí estábamos expuestos á un escándalo.

MONTAGUT.—¿Hay algo más urgente para una mujer que velar á la cabecera de su esposo enfermo?

SUSANA (*con altanería*).—Sí; velar para encubrir las infamias que ese esposo ha cometido en otro tiempo.

MONTAGUT.—Ya me figuraba que ese miserable.....

SUSANA (*con rabia*).—¿A quién llamas miserable? ¿A quién culpas de que yo lo sepa todo? Cúlpate á ti, que en hora maldita me reveláste parte de vuestro secreto.

MONTAGUT.—Pero yo no soy tan criminal como Daniel; yo lo he arrostrado todo por ti y por nuestra hija. Sin mi valor, sin mis audacias, no brillaríais como brilláis; y tú lo has dicho: ¡sería yo todavía el capitán de una miserable goleta! ¿Me recriminas á mí solo? ¡A mí, que no he tenido más ley que tu capricho ni más voluntad que para satisfacer tus deseos! Compara mi conducta con la del hombre á quien defiendes. El abandonó á su esposa, robó á su hijo, vendió á su padre político..... Yo no hice sino lo que hacen otros: preparar un negocio, abrirme un camino y seguirlo sin vacilar, pisoteando todo lo que no fueseis vosotras. Tú eras muy hermosa; tenías ambición; ansiabas eclipsar á las demás mujeres, y yo, que cifraba la compensación de mis afanes en las caricias que me prodigabas, cuando te hacía presentes que halagaban tu vanidad, suponía ¡necio de mí! que debías alzarme un templo en tu corazón (*Con desesperación.*) ¿Por qué te ensañas con tu esposo? ¿Por qué no acusas á Daniel?

SUSANA.—Daniel ha obrado por instigación tuya. Por tu causa dió su nombre á una mujer que le deshonra.

MONTAGUT.—¿Te ha dicho eso? ¡Pues miente! Se casó con ella por que la quería. (*Gozándose en martirizar á Susana.*)

SUSANA.—La despreciaba como la desprecia hoy.

MONTAGUT.—No, no la despreciaba. Patria era una mulata hermosa, inteligente, bien educada, y sobre todo era una esposa modelo, una mujer que no engañaba á su marido, que le rodeaba de felicidad, que no le hubiera dejado enfermo á merced de servidores..... ¿Quién te ha dicho que una mujer así deshonra al que le dió su nombre?

SUSANA.—¿Quieres callar? ¿Necesitaré repetirte que estoy dispuesta á todo antes que tolerar tus majaderos insultos?

MONTAGUT.—¡Susana! ¡Susana!

SUSANA (*viendo á Pura que sale por la segunda lateral izquierda*).—¡Silencio!

ESCENA III

DICHOS y PURA, seguida de la doncella que trae el sombrero de Susana. Luego el MARQUÉS y LUIS.

(*Pura con traje elegante de calle y el sombrero puesto.*)

PURA (*sorprendida al ver á su padre*).—¡Ah! ¿Ya estás aquí? ¿Cuándo has venido?

MONTAGUT.—Hace un rato.

PURA.—Pero ¿cómo?

MONTAGUT.—En el tren.

PURA.—¡Qué cosas tienes! Como cualquier simple mortal.

MONTAGUT (*con amarga sonrisa*).—O como cualquier mortal simple..... ¿Pero no me das un beso ni me preguntas cómo estoy?

PURA (*besándole*).—Ya decía Daniel que no tenías otra enfermedad que las consecuencias del golpe. Luis no quería venirse: estaba empeñado en quedarse contigo. (*Durante este diálogo, Susana está en el espejo poniéndose el sombrero y arreglándose.*)

MONTAGUT.—¡Ah! ¿Luis creía que debíais acompañarme?

PURA.—Luis es muy exagerado. No podíamos convencerle, y fué necesario que Daniel se formalizase, diciéndole que le era indispensable su presencia en Barcelona. (*Transición.*) ¿Y sabes que nuestro matrimonio va por la posta?

MONTAGUT.—Sí, y me alegro mucho.

PURA.—Mamá y Daniel se empeñan en que vayamos Luis y yo solitos á las magníficas fiestas que se preparan en Londres.

SUSANA (*desde el espejo*).—No podíamos buscarte mejor ocasión para el viaje de novios. (*Aparecen por el foro el Marqués y Luis.*)

PURA (*corriendo hacia ellos*).—¡Ah! ¿Vendréis á tiendas con nosotras? (*Luis se dirige á Montagut y le saluda con afecto.*)

MARQUÉS (*acariciando á Pura*).—¡Ah picarilla! Necesitas mi compañía, ¿eh?

SUSANA.—¡Como se trata de regalos! (*Hablan los tres formando grupo.*)

MONTAGUT (*á Luis*).—Ya sé que quisiste quedarte conmigo. Te doy las gracias.

LUIS.—¡Gracias! ¿De qué? Era un deber; pero papá estaba preocupado; me dijo que tal vez necesitase de mí, y no tuve más remedio que venirme.

MONTAGUT.—¡No valía la pena!

MARQUÉS (*á Pura*).—Te doy carta blanca hasta diez mil duros, y no te olvides que deseo regalar una diadema á la futura marquesa de la Trinidad. Puedes encargarla. (*Susana vuelve al espejo.*)

LUIS.—Papá, ese regalo es prematuro. Yo quiero que viva usted muchos años.

SUSANA (*arreglándose*).—¡Y quién sabe! No es usted tan viejo para..... renunciar..... á embellecer..... otra cabeza con esa diadema.

MONTAGUT (*aparte*).—¡Oh!

MARQUÉS (*sonriendo*).—Es difícil.

PURA (*á Montagut*).—Y tú, ¿qué me regalas, papá?

MONTAGUT.—¿Yo, hija mía? Lo que quieras. Cuanto tengo es tuyo. Dispón como te plazca.

PURA.—Prefiero que me digas de cuánto puedo disponer para hacer á Luis los presentes.

LUIS.—¿Para mí? ¿Qué mejor presente que tu amor?

PURA.—Ese no es regalo que pueda exhibirse.

MONTAGUT (*con cariño*).—Y tú quieres que se hable de las joyas que la novia regala á su prometido..... que se comente el buen gusto.....

PURA.—Es natural.

MONTAGUT.—Pues emplea en ellas cinco mil duros. ¿Te parece bastante?

PURA.—¡Ya lo creo!

MONTAGUT.—Y diez mil para ti. ¿Estás contenta?

PURA.—Lo mismo me regala Daniel.

SUSANA (*aparte al Marqués*).—¿Sabes algo?

MARQUÉS (*ídem á Susana*).—Nada todavía. No te preocupes, y vete tranquila.

CRIADO (*en el foro*).—Cuando las señoras gusten. El carruaje espera. (*Vase.*)

SUSANA.—¿Vamos, niños?

LUIS.—¿Yo también?

MARQUÉS.—También. Debes elegir tú mismo aquello que más te agrade para tu novia.

LUIS.—¡Como soy tan lego en esas cosas!

PURA.—No te apures; ya te ilustraremos nosotras.

SUSANA (*bajo al Marqués*).—¿No vienes?

MARQUÉS (*ídem á Susana*).—Tengo que hacer. (*Alto.*) ¡Ea! marchad cuanto antes. Necesitáis mucho tiempo para emplear veinticinco mil duros.

PURA.—Adiós, papá. Hasta luego, Daniel.

MARQUÉS. }
MONTAGUT. } Adiós.

LUIS (*despidiéndose de Montagut*).—Debe usted retirarse á descansar.

SUSANA (*saliendo*).—Ya se lo he dicho yo.

(*El Marqués los acompaña hasta el foro, y vuelve precipitadamente después que han salido. Susana vuelve la cabeza alguna vez, y se despide con coquetería.*)

ESCENA IV

MARQUÉS y MONTAGUT.

MARQUÉS.—Creí que no acababan de salir. (*A Montagut.*) ¡Habrás quedado satisfecho después de revelar á Susana que vive la madre de Luis!

MONTAGUT.—¡Lo estarás tú después de haberme presentado á sus ojos como un monstruo!

MARQUÉS.—Tú has comenzado la historia: yo no hice más que terminarla. (*Transición.*) Pero dejemos las discusiones para ocasión más oportuna. Has hecho bien en venir inopinadamente. Es muy posible que te necesite.

MONTAGUT.—¿Para qué?

MARQUÉS.—Para..... lo que te mande. Patria debe presentarse aquí de un momento á otro.

MONTAGUT.—¿Que debe presentarse aquí?

MARQUÉS.—¡Aquí!

MONTAGUT.—¡Es una imprudencia!

MARQUÉS.—La imprudencia sería provocar una explicación en otra parte. ¿Dónde mejor para....?

MONTAGUT.—¿Qué pretendes?

MARQUÉS.—¿No lo sabes? Hacerla callar por buenas ó por malas.

MONTAGUT.—¿Y estás seguro que vendrá?

MARQUÉS.—¿Quién lo duda? La he llamado en nombre de Luis.

MONTAGUT.—¿Y cómo has averiguado dónde vive?

MARQUÉS.—¿Tan difícil lo encuentras teniendo poder y dinero?

Anteayer di las órdenes, y anoche ya la habían encontrado mis sabuesos. (*Mirando al reloj.*)

MONTAGUT.—Yo no quiero verla. No me obligues á soportar sus insultos.

MARQUÉS.—Si por buenas acepta mis proposiciones, nada exigiré de ti.

MONTAGUT.—¿Y si no las acepta?

MARQUÉS.—Entonces..... ¡quién sabe! Un veneno que embote su memoria, que mate sus facultades..... Un auto que abra una celda en un manicomio..... La muerte civil sin responsabilidad legal..... No somos en el mundo los únicos que desean riquezas..... (*Transición.*) Es preciso que aguardes en tus habitaciones. Cierra la puerta de comunicación interior. Hay que evitar que grite, y debemos estar dispuestos á todo. ¿Lo entiendes?

MONTAGUT.—Vamos á empeorar nuestra situación.

MARQUÉS.—¿Dudas? Está bien. ¿Sabes lo que te aguarda si esa mujer nos delata? ¡La miseria y el grillete del presidiario!

MONTAGUT.—Pero hay medios..... Ofrécela dinero, dale cuanto pida.

MARQUÉS.—¿Y crees que después de tantos años habrá hecho el viaje sólo para venderse?

MONTAGUT (*pensando*).—¡Quizás!.... ¡Si lográsemos comprar al hombre que la acompaña! Por ahí debías haber comenzado.

MARQUÉS.—Ya te he dicho que veremos cómo se presenta. Pero antes que sucumbir estoy decidido á que desaparezca de cualquier modo que sea.

MONTAGUT (*con afán*).—Y después nos separaremos para siempre, ¿verdad? Tú harás también que Susana me acompañe de buen grado á otro país. Yo necesito otros aires, otra vida, y tú puedes.....

MARQUÉS.—Es un desvarío pensar en cosas de tan poca monta. Decide si te conviene más seguir siendo el poderoso señor Montagut ó servir de befa y de escarnio á los que hoy te respetan por tu dinero..... y porque eres mi socio.

MONTAGUT (*con furia*).—¡No me digas que también he de ser escarnecido por los extraños!

MARQUÉS.—Pues no discutamos ni perdamos tiempo. Espérame ahí (*señalando las habitaciones de Montagut*), dispuesto..... á lo que sea. Escucha nuestra conversación, y por ella comprenderás lo que tienes que hacer. Si te necesito, sal inmediatamente.

CRIADO (*al foro*).—¡Señor Marqués!

MARQUÉS.—¿Qué hay?

CRIADO.—Preguntan por el señorito, y como vuecencia ha mandado que se le avise.

MARQUÉS.—¿Es una..... señora?
CRIADO.—Sí, señor.
MARQUÉS.—Hazla pasar aquí. (*Empuja á Montagut, que se mete precipitadamente en la segunda lateral derecha.*)

ESCENA V

MARQUÊS.—Luego PATRIA y JAUMET.

MARQUÉS.—Vamos á vernos frente á frente. Ha de ser grande su sorpresa. Indudable es que no sabe con quién habló en el Masnou. Ignora que Luis es su hijo, y no puede presumir que soy yo el que la espera. ¿Por dónde comenzará? Por insultarme; por apurar el vocabulario de los dicterios. (*Pequeña pausa.*) ¡Diera parte de mi fortuna por tener algo que recriminarla! (*Aparecen Patria y Jaumet. El criado que los guía se retira.*)
PATRIA (*viendo al Marqués y bajo á Jaumet*).—¡No me había engañado!
JAUMET (*bajo á Patria*).—No es el señorito Luis.
PATRIA (*bajo á Jaumet*).—Es su padre.
(*Jaumet revela en la fisonomía la sorpresa y el odio. Patria se levanta el velo y adelanta hasta quedar frente al Marqués. Este, al verla, da un paso atrás y queda vacilante, sobrecogido por la tranquila actitud de Patria. Esta se muestra severa, casi altanera. Jaumet se coloca detrás de ella, á cierta distancia, y mira al Marqués fijamente.*) (*Pausa.*)
PATRIA.—¿Me ha llamado usted para inclinar la cabeza en mi presencia? No lo creo.
MARQUÉS (*con fingida humildad*).—Al juez toca hablar primero.
PATRIA.—¿Supone usted acaso que vengo á juzgarle? Hace mucho tiempo que le tengo juzgado.
MARQUÉS.—¿Que no vienes á juzgarme?
PATRIA.—No.
MARQUÉS.—¿Entonces?....
PATRIA.—Vengo á buscar á mi hijo.
MARQUÉS (*aparte.*)—Su tranquilidad me desconcierta. (*Reparando en Jaumet, que se moverá dando muestras de alegría por las palabras de su ama.*) ¿Quién eres tú para asistir á nuestra conferencia?
JAUMET.—¿Yo? ¿Yo? Yo soy el criado de mi ama.
MARQUÉS.—Pues sal inmediatamente y espera en el lugar que te corresponde.
JAUMET.—¡Quiá! no me separo de mi señora: me inspira poca confianza la compañía.
MARQUÉS.—¡Insolente! (*Se dirige á pegarle.*)

PATRIA (*interponiéndose*).—Debo advertir á usted que me hago solidaria de sus palabras.

MARQUÉS.—Pues yo no puedo tolerar que oiga nuestra conversación. Sería depresivo para mí.

PATRIA.—Nada puede oir que le sorprenda. Me acompaña (*acentuando las frases*) desde la noche que zarpó de La Guaira la *Bella Susana.*

JAUMET.—Y por si no me ha reconocido, soy el que le ayudó á usted á robar á la señora, el que cargó con la cajita que tanto pesaba, el que.....

MARQUÉS.—¡Silencio! y tráteme usted según mi clase. Soy el Marqués de la Trinidad, y tengo excelencia.

JAUMET.—Me alegro mucho, y..... ya lo sabía.

MARQUÉS (*á Patria*).—Si no le mandas salir, llamaré á los criados para que lo arrojen.

JAUMET.—Mejor que mejor; así me obligará usted á cantar claro, y los criados sabrán algunas *excelencias* de *su excelencia.*

PATRIA (*á Jaumet*).—Te ruego que salgas.

JAUMET.—Señora: el que hace un cesto hace ciento. Dejar á usted sola con este..... marqués, es tentar á Dios.

PATRIA.—No tengo miedo. ¡Anda, obedece! (*Jaumet se va refunfuñando.*)

MARQUÉS.—¡Tantas explicaciones á un criado!.... Por cierto que llamarían la atención de cualquier malicioso.

PATRIA (*mirando al Marqués con altivez*).—Antes concedía á usted la honra de odiarle. Ahora..... ahora le desprecio.

ESCENA VI

MARQUÉS y PATRIA.

(*Pausa.*)

MARQUÉS.—Debes presumir, Patria, que al traerte á mi casa no me guía ningún sentimiento que pueda hacerte recelar. Se trata de Luis, y como de nuestra conversación ha de resultar su felicidad ó su desgracia, es necesario que nos despojemos de todo lo que no sea favorable. (*Indicando un asiento.*) Sentémonos, y calma la agitación que te domina.

PATRIA.—Ni estoy agitada, ni quiero sentarme.

MARQUÉS.—Como gustes. Tu actitud me demuestra que no estás dispuesta á que nos entendamos. Has dicho que no vienes á juzgarme.

PATRIA.—Y lo repito.

MARQUÉS.—¿A qué vienes, pues?

PATRIA.—Ya lo he dicho también: á buscar á mi hijo.

MARQUÉS.—Eso es imposible.

PATRIA (*exaltada*).—¿Imposible dices? ¿Pues para qué me has llamado invocando su nombre, si no es para devolvérmelo? ¿Supones que he de aceptar otra cosa que no sea el hijo de mis entrañas? ¿Juzgas mi alma por la tuya? Ahora comprendo esa humildad con que pretendes engañarme.

MARQUÉS.—¿Engañarte? No. Quiero exponerte la situación, para que tu buen criterio juzgue. (*Trancisión y pausa.*) Del pasado no hablemos; cuanto yo dijese para disculpar mi conducta, no hallaría eco en tu corazón, porque verías en mis palabras un insulto á tu raza; pero te juro que te quería lo bastante para no haberte abandonado, si hubiéramos sido iguales.

PATRIA.—¿Yo igual á ti? ¡Gracias doy al cielo por no serlo!

MARQUÉS.—Quiero decir..... (*Montagut escucha y se deja ver del público.*)

PATRIA.—¡Te comprendo! Quieres decir que mi color resultaría mancha repulsiva en las límpidas lunas que adornan tus salones. ¿No es esto? ¿Y me querrás decir en qué espejo contemplas el alma de esa mujer que ocupa mi lugar, para no verla más negra que mi rostro?

MONTAGUT (*oculto*).—¡Oh!

MARQUÉS.—Repara que atacas el honor de una dama.

PATRIA.—Ni esa mujer sabe lo que es honor, ni tiene más condición para ser dama que el dinero robado por su marido.

MARQUÉS.—No puedo tolerar.....

PATRIA.—Estamos perdiendo el tiempo. ¿Para qué me has llamado? ¡Acabemos de una vez!

MARQUÉS.—Pues acabemos. Para que renuncies á Luis.

PATRIA.—¿Que renuncie á mi hijo? Antes renunciará la tierra al sol que la da vida.

MARQUÉS.—Renunciarás, porque no tendrás otro remedio.

PATRIA.—¡Ah miserable! ¿Qué nueva trama quieres tejer?

MARQUÉS.—¡Parece que ya no me desprecias! ¡Parece que vuelves á odiarme! Así te prefiero.

PATRIA.—¡A odiarte, sí; á maldecirte! ¡Asesino de Rosa! ¡Ladrón de mi padre!

MARQUÉS.—Tus insultos no me ofenden: los aguardaba. Te he dicho que tendrás que renunciar á Luis, y voy á probártelo. Antes de ocho días estará casado con una joven á quien adora. ¿Supones que ha de reconocer por madre á una mujer á quien su esposa rechace?

PATRIA.—¿Y supones tú que el hombre nacido de mi seno puede anteponer el amor venal de una coqueta al amor purísimo de su madre?

MARQUÉS.—Si su madre tiene el color de los esclavos, sí.

PATRIA.—¿Y quién eres tú para llamar esclavos á los que hizo libres un código escrito con la sangre del Redentor del

mundo? ¡Yo no soy esclava sino de mi honra! Esclavo tú, que arrastras la cadena de tu pasado y sufres el yugo de la ignominia. ¡Esa, esa sí que es esclavitud infamante!

MARQUÉS.—Si la palabra esclavo te ha mortificado, sustitúyela por otra.

PATRIA.—Nada de lo que tú me digas puede mortificarme; lo desprecio todo.

MARQUÉS.—Despréciálo ó no lo desprecies; pero te repito que Luis se avergonzaría si supiese que tú eres su madre.

PATRIA.—¿Que se avergonzaría de mí y no se avergüenza de la madre de su prometida?....

MARQUÉS.—Respeta á una señora que nada te ha hecho.

PATRIA.—¿Te parece que no me ha hecho nada y ha educado en su escuela á la que quiere ser esposa de mi hijo?

MARQUÉS.—¡Basta! Deja ya los insultos, y piensa lo que te he dicho. Luis no me recriminará, porque me quiere, y no acusará á Montagut, porque sería tanto como acusar á la que ama. ¿Quieres ponerle en el caso de entregar á su padre y al padre de su esposa al fallo de la ley y al escarnio del mundo?

PATRIA.—¡Oh! el corazón me dice que mi hijo no me rechazará. Es bueno: compadece á los desgraciados.....

MARQUÉS.—Sí, compadece á los desgraciados, y seguramente no trataría de abandonarte; pero te diría lo que yo te digo: toma dinero, vuélvete á América y no interrumpas nuestra felicidad. ¿Qué más podría hacer?

PATRIA.—Pues cuando me lo digan sus labios, creeré en mi desgracia; entretanto, nadie me hará ceder.

MARQUÉS.—Piensa que Luis es heredero de un título y que la sociedad tiene exigencias.

PATRIA.—Si la sociedad tuviera exigencias, ¿te admitiría en su seno?

MARQUÉS.—¡Soy Marqués! ¡Soy Grande!....

PATRIA.—¿Y á quién has engañado para serlo? ¿De dónde has sacado los cuarteles de tu escudo? ¡Ah, sí, ya sé! Una negra estrangulada; un anciano paralítico, y para que nada falte á tu nobleza, algunas onzas bien doradas flotando en la superficie de un mar de lágrimas. ¿Son estas las armas de tu casa?

MARQUÉS.—¡Insensata! (*Con resolución y coraje.*) ¡Acabemos!

PATRIA.—¡Eso quiero! ¡Acabemos!

MARQUÉS.—Estoy dispuesto á devolverte la cantidad que pertenece á tu padre, con los intereses que haya devengado, y doblarla, si es menester; pero á condición de que te embarques para La Guaira en el primer vapor.

PATRIA.—No.

MARQUÉS.—¿No quieres el dinero de tu padre?

PATRIA.—Quiero el dinero de mi padre para mi hijo, y á mi hijo para mí.

MARQUÉS.—¿Es decir que pretendes hacer valer tus derechos? ¿No sabes que tengo poder suficiente para anular nuestro matrimonio?

PATRIA.—¿Y lo tendrás para evitar que yo sea la madre de tu hijo? De tu hijo, no; tú no sabes lo que son hijos; tú no eres su padre; yo te he engañado. ¡Luis no es hijo tuyo!

MARQUÉS (*con ira*).—¡Calla! Por última vez ¿aceptas lo que te propongo?

PATRIA.—No.

MARQUÉS.—¿Y te atreves á medir tu pequeñez con mi grandeza?

PATRIA.—Sí; desprecio tu título, no quiero tu nombre; pero quiero mi hijo, ¡mi hijo! ¿Lo entiendes?

MARQUÉS.—Patria, que estás apurando mi paciencia; te aconsejo que aceptes.

PATRIA.—No.

MARQUÉS.—Aceptarás por fuerza. ¡Montagut! (*Se precipita sobre ella, la coge por el cuello y la tapa la boca con un pañuelo.*)

PURA (*dentro en el foro*).—¡Daniel!

(*El Marqués, asustado por la voz de Pura, mete á Patria en el cuarto de Montagut; entra y sale, cerrando inmediatamente. Aparecen Pura y Susana. Esta escena debe ser muy rápida.*)

ESCENA VII

MARQUÉS, SUSANA y PURA.—Luego LUIS y JAUMET.

PURA (*entrando alegremente*).—Hemos vuelto para decirte que.....

MARQUÉS (*interrumpiéndola agitado*).—¿Y Luis? ¿Dónde está Luis?

SUSANA (*acercándosele sobresaltada*).—¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado?

PURA (*atemorizada por el estado del Marqués*).—Luis ha quedado ahí (*señalando al foro derecha*) hablando con el ahijado de Quimet.

MARQUÉS.—¡Oh! (*Con rabia.*) ¡Me había olvidado de ese canalla! (*Va á salir con intención de buscar á Luis, cuando éste entra por el foro tranquilamente.*)

LUIS (*mirando á todas partes*).—Me ha dicho ese muchacho que estaba aquí su señora. ¿La ha visto usted, papá?

MARQUÉS (*turbado*).—No, no he visto á nadie.

LUIS.—Es extraño. (*Volviéndose al foro.*) ¡Eh, muchacho! ¡Jaime!

JAUMET (*dentro*).—¡Señorito! (*Aparece.*)

LUIS.—¿No me has dicho que me aguardaba aquí tu señora?

JAUMET (*asombrado, mirando á todas partes*).—Aquí estaba; la he dejado con..... (*Se abalanza al Marqués.*) ¿Dónde está mi ama?

MARQUÉS (*bajo y rápido á Jaumet*).—Calla; serás rico.

JAUMET (*gritando*).—¡Ah miserable! ¡Asesino! ¡Señorito, la han matado! Este es el asesino de la negra Rosa; y el marido de esa señora es el que le ayudó á robar á su abuelo de usted; ¡porque usted es el hijo de mi ama!

PURA (*cayendo en un sillón y cubriéndose la cara con las manos*).—¡Su hijo! (*Susana tiembla; pero afronta la situación. El Marqués queda con la cabeza baja, ceñudo, pero no abatido.*)

LUIS (*después de mirar á todos con espanto y dirigiéndose á Jaumet*).—¡Dime que eso no es verdad! (*Más exaltado.*) ¡Dime que estás loco!

JAUMET.—No, no estoy loco. Es cierto; aquí tengo las pruebas. ¡Aquí! (*Señalando el bolsillo del pecho.*) ¡Busquémosla, por si es tiempo de salvarla! (*Corre como un loco; se mete por la lateral primera izquierda y sale por la segunda.*)

LUIS (*amenazador, al Marqués*).—¡Pronto! ¡Dígame usted dónde está mi madre! ¡Respóndame usted! ¿Donde está mi madre? (*Sale Jaumet.*)

MARQUÉS (*cediendo, con voz reconcentrada y señalando lateral segunda izquierda*).—¡Allí!

LUIS (*se precipita á la puerta*).—¡Madre! ¡Madre! (*Hace saltar el pestillo y entra seguido de Jaumet; salen inmediatamente.*)

JAUMET (*saliendo delante*).—¡No hay nadie! ¡La han matado! (*Se va corriendo por el foro. El Marqués muestra sorpresa al oir decir que no hay nadie.*)

LUIS (*saliendo desesperado y abalanzándose sobre su padre*).—¡Asesino! ¿Qué has hecho de mi madre? (*Luchan. Pura llora. Susana trata de separarlos.*)

TELÓN RÁPIDO

ACTO III

Sala-despacho de Luis.—Puerta al foro, que se supone es de la escalera principal.—Lateral derecha: en segundo término, el dormitorio de Luis; en primero, un cuarto de vestir.—Lateral izquierda: puerta en segundo término, que comunica por una escalera interior con el primer piso del palacio; y en primer término una ventana.

Aparece Patria á la derecha, sentada en un sillón, y Montagut arrodillado á sus pies.

ESCENA PRIMERA

PATRIA y MONTAGUT.—Luego LUIS.

MONTAGUT.—Tu perdón, Patria, tu perdón necesita mi conciencia. ¡Estoy arrepentido! ¡Ya has visto cómo te he salvado la vida, cómo te he conducido á las habitaciones de tu hijo! ¡Daniel quería deshacerse de ti á todo trance!....

PATRIA (*con abatimiento*).—¡Ah cobarde!

MONTAGUT.—¿Y sabes porqué? Por que eres un estorbo como lo soy yo. Muerta tú, no quedaba más que este viejo; ¡este viejo, que tiene un pie en el sepulcro! ¿Entiendes?

PATRIA.—Sí; pero levántese usted. No le he de perdonar más ó menos porque sea su actitud menos ó más humillante. ¡Levántese usted!

MONTAGUT.—Pero ¿me perdonas?

PATRIA.—Sí.

MONTAGUT.—¿Y no me delatarás á la justicia?

PATRIA.—He dicho á usted que le perdono, y yo no tengo más que una palabra.

MONTAGUT (*levantándose y mirando hacia la escalera de servicio*).—¡Ah miserables! ¡Ya no os temo! ¡Ya no me infamaréis! ¡Ya no ahogaréis los quejidos en mi garganta! ¡Estoy libre! ¡Libre del horrible dogal con que me habéis aferrado á la ignominia!

PATRIA.—Ya sé que me ha salvado usted la vida, porque ansía la venganza. No importa; prometo no proceder contra usted,

y lo cumpliré. (*Reponiéndose.*) ¡Pero necesito ver á mi hijo! ¡necesito decirle que soy su madre!

MONTAGUT.—Sí, lo verás; te lo juro. ¡Voy á buscarle!

(*Aparece Luis por la escalera interior, descompuesto y muy agitado; párase un instante sorprendido, y corre hacia Patria.*)

LUIS.—¡Madre!

(*Patria lanza un grito. Se abrazan y permanecen un momento estrechados, prodigándose caricias. Montagut, que se habrá apartado al extremo izquierda, los contempla con envidia.*)

MONTAGUT (*aparte con amargura*).—¡Mi hija no sabe querer así!

PATRIA (*en actitud seráfica y revelando la grandeza de su alma*).—¡Ya los perdono á todos! ¡Ya soy feliz!

LUIS.—¿Por qué no me has dicho la primera vez que me has visto que eras mi madre? ¡Mi madre del alma!

PATRIA.—¡Porque ignorando cómo habían formado tu corazón, necesitaba saber si querrías llamarte hijo mío!

LUIS.—¡Infeliz madre! (*Volviéndose airado á Montagut.*) ¿Qué hace usted aquí?

MONTAGUT.—Espero que me otorgues tu perdón.

LUIS.—¿Mi perdón? ¡Salga usted, miserable!

PATRIA.—¡Hijo, yo te lo ruego! Me ha salvado la vida.

LUIS.—¿Qué es salvar la vida después de haberla torturado tanto? ¿Se ha de perdonar á un criminal porque deje de cometer un nuevo crimen?

MONTAGUT.—¡Considera que tu padre me la entregó!....

PATRIA (*pasando á su lado é interrumpiéndole*).—¡Silencio! ¡Es su padre! (*Alto.*) ¡Salga usted; mi hijo lo manda, y diga usted á Daniel que es libre, que nada quiero ya, que tengo á mi hijo, que soy rica, poderosa y más grande que todos los grandes de la tierra!

LUIS.—Puede usted decirle también que antes de dos horas abandonaremos esta casa, este palacio edificado sobre cimientos de infamia. (*Montagut baja la cabeza y vase por la escalera interior.*)

ESCENA II

PATRIA y LUIS.

PATRIA.—Luis, hijo mío, he venido á trastornar tu dicha; tu dicha, por la cual diera mi vida sonriendo. No me llames egoísta, hijo de mi alma. ¡Tú no sabes lo que es tener un hijo, y ver que nos lo roban para que no se avergüence de su madre!

LUIS.—¡Oh! no; mi dicha eres tú en este momento. Te debía la vida, y ahora te debo la honra. Vivía entre el fango sin ver las manchas que salpicaban mi frente, y tú has venido á

lavarlas, á dejarme limpio de tanta impureza. (*Transición rápida.*) ¡Es necesario entregar esos hombres á la justicia!

PATRIA.—¡No, hijo mío, no; te lo ruego! ¡Lo he jurado!

LUIS.—¿Y hemos de consentir que gocen impunemente de sus infamias? ¡Madre! ¡Que me haces cómplice! ¡Que me deshonras imponiéndome silencio! Yo no puedo callar; la sociedad..... la sociedad, no; mi conciencia argüirá en contra de ese perdón. Soy abogado; tengo el deber sacratísimo de interpretar la ley y el derecho, y el derecho y la ley me dicen que el criminal debe caer bajo el fallo inexorable de la justicia.

PATRIA (*con desconsuelo*).—Pero ese criminal es tu padre.

LUIS.—¿Mi padre?.... Lo creo, porque tú me lo dices.

PATRIA.—¡Bien, hijo mío, bien! pero te lo pide tu madre; tu madre, que te adora. Perdónales como yo les perdono; ya te he dicho que lo he jurado, y tú no harás que falte á mi juramento. Si honrada fuí en la desgracia, ¿cómo es posible que deje hoy de serlo, sellando mi felicidad con un perjurio? (*Transición.*) No hablemos del pasado; embriaguémonos con el presente, y discurramos sobre el porvenir. ¿Despertamos de una pesadilla? Pues alejémosla del pensamiento. ¡Ea! dime qué te han dicho de tu madre. Dime si tenías pena por no haberla conocido. Cuéntame, cuéntame todas esas cosas, que me importan mucho, muchísimo.

LUIS.—Nunca me hablaban de mi madre. Cuántas veces he deseado saber algo que me la hiciese conocer, me han contestado que era una huérfana, que no tenía familia, y que había muerto al día siguiente de darme á luz. ¡Ah! sí. ¡La falta de sus caricias, de esas ternuras que otros hijos reciben de sus madres, creaba un vacío en mi alma! (*Transición.*) Pero es necesario que salgamos de esta casa; nuestra presencia en ella constituye una odiosa complicidad.

PATRIA.—Sí, cuando tú quieras ¡Ah! (*Recordando.*) ¿Y Jaime? ¡Debe estar esperándome!

LUIS.—No sé qué ha sido de él. Salió desesperado después de revelarme el secreto, al ver que no parecías.

PATRIA.—Es necesario buscarle. Su cariño le puede llevar á promover un escándalo. ¡Búscale, hijo mío, búscale ante todo! ¡Te lo ruego!

LUIS.—Sí, le buscaré. Aguárdame ahí dentro. (*Señalando segunda lateral derecha.*) Quiero asegurarme de que nada puede ocurrirte en mi ausencia..... No se atreverán á subir..... pero estaré más tranquilo dejándote encerrada. Vuelvo inmediatamente. Voy á dar una orden al portero.

(*Mete á Patria en su cuarto, y cierra con llave, que se guarda. Entra en la primera lateral á buscar un sombrero hongo, que sacará puesto. Aparece Pura por la escalera interior y cautelosamente.*)

ESCENA III

PURA y LUIS.

PURA.—¡No está! ¡Luis! (*Llamándole despacio.*)

LUIS (*saliendo, ve á Pura y corre hacia ella*).—¡Pura de mi alma! ¡Vienes á verme! ¡á consolarme! ¡Me amas! ¿verdad? ¿Me amas?

PURA (*sin entusiasmo*).—No puedes dudarlo.

LUIS.—¡Oh! sí! ¡Ya puedo desafiar el porvenir y luchar con los hombres! Has venido á ver á mi madre..... ¿Sabes que la encontré aquí?....

PURA (*turbada*).—¿A ver á tu madre..... que está aquí? No, no lo sabía.

LUIS (*sorprendido*).—Pues si no sabías que estaba aquí mi madre, ni vienes á verla, ¿cómo has subido sola? ¿Tu padre no ha dicho?....

PURA.—Papá está con Daniel, y yo vengo del gabinete de mamá.

LUIS.—¿Y tu mamá te ha mandado venir á verme?

PURA (*tímidamente*).—La he pedido permiso.

LUIS.—Permiso que te ha concedido, por lo que se ve. (*Transición.*) Pura, dime la verdad: ¿has venido por tu voluntad, ó te han mandado que vinieses?

PURA (*desentendiéndose de la pregunta*).—Te pones de una manera, que no me pareces aquel Luis que me adoraba.

LUIS.—Pues soy el mismo para ti, y te adoro de igual modo; pero dudo que sepas corresponder á un amor como el mío.

PURA.—Sí, Luis; ¡yo también te adoro!

LUIS.—¡Dios te pague el bien que me haces con tus palabras! Ven; siéntate aquí. (*La sienta cerca de sí en el sofá.*) Quiero que me digas á qué has subido. Traes algún objeto y no te atreves á exponerlo. Habla. (*Con mucho cariño.*) Si yo no he de culparte. Si me figuro que no has de hablar por cuenta propia; que has de repetir lo que te hayan mandado.

PURA.—Quería decirte que me han causado mucha pena los insultos que has dirigido á tu padre.

LUIS.—¡Mi padre! ¡Si me quieres, Pura, no me recuerdes que soy su hijo!

PURA.—¡Cómo! ¿Es posible que digas eso?

LUIS.—¿Y es posible que tú pienses otra cosa? ¿No recuerdas la horrible historia que oimos en el jardín?

PURA.—Sí; pero no creo que todo sea verdad. Aquella..... mulata.....

LUIS.—¡Mi madre!

PURA.—Tal vez enojada porque Daniel se vino á España contigo, habrá inventado lo demás.

LUIS.—¿Eso ha mandado tu madre que me digas? Torpe anduvo en calumniar.

PURA.—Es una suposición natural que sabiendo la fortma de que tu padre es dueño y lo que representa en la sociedad, pretenda obligarle á.....

LUIS.—¡Calla, desdichada, calla! Dime cuanto te hayan mandado decirme; pero no añadas nada por tu cuenta, que me arranca una ilusión cada palabra que pronuncias.

PURA.—¡Ves como te enojas! (*Tímidamente.*) Pues es la mejor prueba de que no me quieres.

LUIS.—¿Que no te quiero?

PURA.—Si me quisieras como dices, no te hubieras arrebatado abajo como lo has hecho.

LUIS.—¿Pero de qué tienes tú el corazón cuando crees que puede la reflexión sobreponerse á la honradez y al amor filial? Pura, déjame creer lo que hasta hoy he creído; déjame vivir ciego respecto á ti, ya que tan cruel ha sido la luz que sobre los demás se ha hecho.

PURA (*lloriqueando*).—Luis, ¡no me quieres!

LUIS (*tomando una resolución*).—Vamos á ver cómo me quieres tú á mí. (*Pequeña pausa.*) Tenemos la misma edad, Pura. No eres, por consiguiente, una niña de quince años. Al descorrerse el velo que cubría las infamias de nuestros padres, no debe ocultársete que el fausto que nos rodea es producto del crimen y del robo. ¿Podemos gozarlo sin vilipendio los que tenemos conciencia de la dignidad? ¿Verdad que no, Pura mía? ¿Verdad que no? Pues bien; apartémonos de los malvados que en este palacio se cobijan, y vente con nosotros. No manches los ropajes de tu inocencia con el contacto impuro de un lujo que te denigra, y huye del vicio abrillantado para refugiarte en la virtud que te ofrecemos. (*Pausa.*) ¿Callas? ¿No te apresuras á demostrarme que tu alma rechaza lo que rechaza la mía?

PURA.—¡Ves como no me quieres!

LUIS.—No; no te querré, si no disipas la nube que ennegrece mi corazón. Dime que te unirás á mí; dime que mi madre será madre tuya; dime que, como yo, desprecias las riquezas de nuestros padres y te avengüenzas de ellas. Verás entonces hasta dónde llega la inmensidad de mi amor. Habla. ¡Habla, Pura de mi vida!

PURA.—Si me quisieras como dices, no me exigirías esos sacrificios. (*Con intención.*) Tú harías otro.

LUIS (*levantándose, y después de luchar un momento consigo mismo, dice con tranquilidad aparente, sin enojo:*)—¡Vete! (*Pura se levanta.*) Una joven honrada no debe estar tanto tiempo en las habitaciones de un hombre.

PURA.—¿Me echas de tu lado?

LUIS.—Sí. (*Exaltándose.*) Y no quiero verte más, ¿oyes? No pretendas hablarme otra vez. (*Con pena.*) Has dicho bastante para que no me quede duda de tus sentimientos. (*Con sarcasmo.*) ¡Venías á proponerme que no reconociese á mi madre! (*Con energía.*) Dile á la tuya que rechazo al embajador y desprecio á quien lo envía.

PURA (*llorando*).—¡Luis!

LUIS (*más tranquilo*).—Vete, Pura. Te pido que te vayas; aquí no haces nada ya. (*Con decisión y señalando la puerta.*) ¡Adiós! (*Da media vuelta y Pura vase llorando.*)

ESCENA IV

LUIS.—En seguida JAUMET y PATRIA.

LUIS.—El destino ha decretado que esa familia sea expoliadora de la mía. Su padre robó á mi abuelo la fortuna; ella me roba lo único con que podía contar: la esperanza y las ilusiones..... ¡Valor, Luis, valor! Recuerda cuánto ha sufrido esa mártir. (*Señalando al cuarto en donde está su madre.*) Inspírate en su abnegación, y piensa que tú debes ser más fuerte. (*Con resolución.*) Vamos á buscar á Jaime.

JAUMET (*dentro*).—¡Señora! ¡Señorito!

LUIS.—¡Aquí está! (*Entra Jaumet jadeante.*)

JAUMET.—¿Dónde está la señora? ¡Me han dicho que estaba aquí!

LUIS.—Sí, aquí está; tranquilízate.

JAUMET.—¡Quiero verla! ¡No me conformo! ¡Me parece mentira! (*Luis abre la puerta y sale Patria, que abraza á Jaumet al verle.*)

JAUMET (*con alegría*).—¡Ah!

PATRIA.—¡Ya soy dichosa, Jaime! ¡Mi Luis me adora!

JAUMET (*después de secarse los ojos y hacer esfuerzos por dominar la emoción*).—¡Si no podía menos! ¡Si ya lo decía yo! ¡Pues no faltaba más sino que se repartiesen la felicidad entre los pillos, como si los buenos hubiésemos nacido desheredados!

LUIS (*abrazándole*).—¿De dónde vienes? ¿Quién te dijo que estábamos aquí?

JAUMET.—¿Que de dónde vengo? (*Resueltamente.*) De armar un escándalo mayúsculo.

PATRIA (*sobresaltada*).—¿Qué has hecho, Jaime?

JAUMET.—¡Casi nada! Pudo haber sido más. Salí de aquel maldito salón, tropezando por todas partes y dando puñetazos á cuanto encontraba. Los muebles se me antojaban personas que me cerraban el paso. Bajé la escalera no sé cómo, porque..... al portal llegué rodando por un atajo. Detrás de mi bajaban dos criados gritando: «¡Detened al ladrón, dete-

ned al ladrón!» «¿Ladrón yo?», respondí; «ladrones vuestros amos. ¡Ahora veréis quién es el ladrón!» En esto sale el portero, y me da caza por detrás Bajan los otros, y entre los tres pretenden sujetarme, pero me defendí con dientes y puños, amén de aprovechar las magníficas suelas que tienen mis zapatos. Logré zafarme, y eché á correr calle adelante, seguido siempre de los criados, que no cesaban de gritar ¡al ladrón! hasta que me cerró el paso un hombre con uniforme. Le dije que el Marqués de la Trinidad había matado á mi señora; que quería dar parte á la justicia..... (*Transición.*) y el hombre, viéndome tan exaltado, se reía, creyendo sin duda que se las había con un loco. Llegaron en esto los que me perseguían, y con ellos un pelotón de gente. «Es un ladrón», decían. «¡Mentira!», gritaba yo; «el ladrón es el Marqués, que ha robado á mi ama, que la ha matado.» (*Con exaltación.*)

PATRIA.—¡Jesús! ¿Eso has dicho?

JAUMET (*con tranquilidad*).—Sí señora; pero no me lo ha creído nadie: aquella gentuza soltaba carcajadas burlándose de mí.

LUIS.—¿Y cómo has vuelto?

JAUMET.—Unos decían que me llevasen no sé adónde: otros que me encerrasen; pero el del uniforme opinó muy seriamente que debía llevarme á presencia del señor Marqués (*remedando al policía*) para ver qué disponía de un truhán que así le calumniaba. Me trajeron, apretándome mucho para que no me escapase, y salió el canalla del Capitán. Yo no puedo llamarle de otro modo. Dió explicaciones; dijo que era yo un pobre chico que me había asustado sin motivo, y enjaretó unas cuantas pamplinas, asegurándome que aquí estaba mi señora. Me mandó subir; subí rodando los escalones; digo, no, los subí de cuatro en cuatro, y..... aquí me tienen ustedes ¡tan contento!

LUIS.—Gracias, Jaime, gracias por todo lo que has hecho por mi madre. Yo te lo recompensaré con mi eterno cariño.

JAUMET.—Eso es demasiado, señorito.

LUIS.—Ahora es necesario que vayas á la casa en que vives.

JAUMET (*con énfasis cómico*).—Es una fonda.

LUIS (*sonriendo con tristeza*).—Bien, pues, á la fonda; quiero que nos traslademos á otra; en esa harían comentarios que debemos evitar.

JAUMET.—Tiene usted razón. Esa gente es muy habladora.

LUIS.—Pues paga, recoge el equipaje y busca otra adonde nos vayamos en seguida. Cuando lo tengas todo arreglado, ven á buscarnos. Anda, no pierdas un minuto. (*De pronto.*) ¡Ah! ¿Tienes dinero?

JAUMET.—Ya lo creo. ¡Soy el cajero!

LUIS (*con tristeza*).—¡De una caja vacía!

JAUMET.—¡Quiá! ¡Si somos ricos! ¿Pues para qué estuvimos aho-

rrando nada menos que dos años? Ganábamos mucho. La señora trabajaba.....

PATRIA.—Bueno, bueno; ya lo contarás otro día.

JAUMET (*repentinamente*).—Y diga usted, señorito: ¿por qué nos vamos á una fonda? ¿No están ustedes en su casa? ¿No es ya mi ama toda una señora marquesa?

LUIS.—Tu ama no puede dejar de ser quien es para deshonrarse con ese título.

JAUMET.—Muy bien parlado; pero yo lo siento por la otra.

LUIS.—¿Por cuál otra?

JAUMET.—¿Cuál ha de ser? La mujer del Capitán. Si no fuese por ella, quizá viniese su padre de usted á pedir perdón á la señora.

PATRIA.—¡Calla, Jaime!

LUIS.—¿Eso más? (*Asombrado.*) ¿Pero quién te ha dicho?....

JAUMET.—Lo sé yo, que no me duermo, aunque lo parezca. Lo adiviné oyendo una conversación desde la portería de mi padrino.

LUIS.—¡Oh! ¡También vende á su amigo, á su cómplice! ¿Qué le falta á ese hombre para ser un aborto del infierno? ¡Vete, Jaime, no te detengas!

JAUMET.—¡Voy corriendo! ¡A ver si salen ahora tras de mí! ¡Cómo me provoquen!.... (*Hace demostraciones de pegarles y vase por el foro.*)

ESCENA V

PATRIA y LUIS.

LUIS.—¡Ya lo oyes, madre mía! (*Con amargura.*) Esta casa está emponzoñada. La atmósfera que aquí se respira envenena las conciencias. ¡Oh! (*Con rubor.*) ¡Y las gentes sabrán la vida infamante que aquí se hace! ¡Hablarán de ello! Creerán que yo apadrino con mi tolerancia el ultraje que se hace al padre de la que iba á ser mi esposa! (*Afligido y dejándose caer en el sofá.*) ¿Qué concepto puedo merecer al mundo?

PATRIA (*sentándose á su lado con amor*).—¡Luis, hijo mío! ¿Por qué supones que el mundo ha de culpar á un inocente? La sociedad no es tan injusta como la pintan, y establece diferencias entre el bueno y el malo, por más que el malo y el bueno no sean tan carne de la misma carne como lo son el padre y el hijo, la esposa y el esposo. Si en esta casa se ultraja la moral, velando el ultraje con grandezas y cortesanías; si los que te rodean engañan al mundo, cegándole con mentidas virtudes, ¿puedes tú ser culpable de que el engaño te ciegue antes que á los otros? La luz deslumbra y hiere

con más intensidad á la pupila que más se le acerca, y el que no puede mirar de frente un resplandor muy vivo, baja los párpados y no alcanza á ver más allá de su pensamiento. Tú no mirabas, porque no podías mirar. (*Luis, desde que Patria comenzó á hablarle, se dejará arrastrar por la magia de su palabra.*) Porque para juzgar mal sin pruebas, es menester sentirse capaz de cometer las maldades que se suponen, y tú, antes que clavar la mirada en los que te rodeaban, escudriñabas tu alma y la encontrabas limpia de impurezas. ¿No es verdad, hijo mío?

LUIS (*arrobado*).—¡Sí, madre, sí! Todo lo que tú me dices me convence. Tus palabras tienen para mí la magia de una elocuencia sublime. ¡Oh! ¡Y á ti, que sientes de ese modo y hablas de esta manera, te desprecian por una mujer inculta y venal, cuya ignorancia se destaca más cuanto más el vulgo adulador la ensalza! Háblame á mí, madre mía; á tu hijo. Yo no he conocido mujeres que hablando me seduzcan como tú me seduces. Las que han rodeado mi niñez y mi adolescencia, no saben expresarse como tú te expresas; son más pequeñas dentro de su grandeza, y más insignificantes, á pesar de su aparente significación.

PATRIA.—Sin embargo, hijo mío, tú amas á una de esas mujeres, y cuando un hombre honrado quiere de veras, le es muy difícil arrancar del alma la imagen de la mujer amada.

LUIS.—Pero cuando un hombre honrado se convence de que la imagen es indigna, indigno sería él si no pudiese arrancarla.

PATRIA.—¡Hijo mío! Yo sé cuántas lágrimas y cuántos insomnios cuesta, despreciar aquello que nos ha sido caro. Al fin esa joven, aunque sea hija de un hombre perverso y de una mujer sin dignidad, es pura..... será virtuosa.....

LUIS.—¿Y qué me importan su virtud ni su pureza, si le faltan las virtudes y la pureza del alma? No hablemos de ella. (*Conmovido.*) No la recordemos; estoy convencido que su rostro de ángel encubre un alma con grandes imperfecciones... (*Llorando.*) No me hables de ella, madre mía, no me hables. (*Sollozando.*) Te lo ruego, te lo suplico.

PATRIA.—¡Hijo de mi vida! Has heredado el infortunio de tu madre: ¡amas á quien no merece tu amor!

LUIS (*reponiéndose y dominándose*). —No, no lo creas; no la amo ya. Tú, tú sola representas para mí los amores. ¡Qué vale esa, ni qué vale otra alguna, donde estás tú, donde está mi madre del alma, mi madre hermosa!....

PATRIA.—¡Hijo! (*Extasiada.*)

LUIS (*con mucho cariño, naturalidad y convicción*).—¡Sí, si no encuentro diferencia entre tu cara y la de una beldad! Si tu

alma, que asoma en esa mirada maternal con que me inundas de una dicha jamás sentida, me parece un rayo de sol que te envuelve en blanquísimos celajes.

PATRIA.—¡Hijo! ¡Hijo! Mira que también mata el placer, hijo mío; considera que esta dicha es inmensa para que pueda soportarla una madre que tanto ha sufrido.

LUIS.—Pero no sufrirás más. Ya tienes á tu hijo. ¡Verás, verás con qué solicitud te atiende! ¡Verás cómo trabaja sin descanso para ti, cómo ilustra su nombre!.... (*Rápidamente.*) El tuyo, madre mía; porque yo no quiero más nombre que el tuyo; le haré célebre; estudiaré mucho; seré un hombre honrado..... ¡Qué dichosos! ¿Verdad? ¡Qué dichosos seremos sin nadie! (*Conmovido y recordando á Pura.*) Sin personas extrañas que nos impidan querernos como se deben querer una madre y un hijo; sin ninguna mujer que.....

PATRIA.—¡Hijo de mi vida! (*Aparte.*) ¡Desgraciado, cuánto la ama! (*Transición.*) Luis, hijo mío, óyeme; oye á tu madre; estás exaltado, y no recuerdas que somos ricos, que hace veinte años robaron á mi padre ochenta mil pesos y que esa cantidad te pertenece.

LUIS.—Yo no quiero ese dinero, está contagiado de infamia.

PATRIA.—Pero es nuestro; es tuyo, y para ti lo quiero. Yo no lo necesito; pero necesito que tengas lo suficiente para vivir sin trabajar con tantos afanes. ¡Acéptalo, hijo mío! Ha sido ganado honradamente por tu abuelo, y cuando tu madre te aconseja que lo tomes, mira si estará segura de su limpia procedencia.

(*Aparece el Marqués por la puerta de la escalera interior. Luis estará colocado de modo que le vea inmediatamente. Se levanta con furia. Patria, al ver la acción de su hijo, vuelve la cabeza, se levanta también con rapidez y se coloca en medio de ambos. Luis á la derecha, el Marqués á la izquierda y Patria en medio.*)

ESCENA VI

LUIS, MARQUÉS, PATRIA y luego SUSANA.

LUIS (*al Marqués*).—¿Qué busca usted aquí?

MARQUÉS (*con enojo, suavizado por la indulgencia*).—Busco á mi hijo.

LUIS.—Su hijo de usted ha muerto. Si en su corazón brota algún día la fibra del sentimiento, llórele usted; pero no le busque. Ya he dicho que ha muerto.

PATRIA.—¡Hijo mío! ¡Clemencia para él!

MARQUÉS.—Tu madre, dando pruebas de ser más práctica que

tú, te aconseja la clemencia; no desoigas su consejo, porque á nadie interesa tanto como á ti.

LUIS.—¿Qué á mí me interesa? ¿Quién ha dicho que interesa más el perdón al juez que al reo?

MARQUÉS.—Lo digo yo en este caso. Vengo á brindarte con la paz; vengo á rogarte que no salgas de esta casa y que no promuevas un escándalo, que al desprestigiarme iría de rechazo á desprestigiar tu propio nombre.

LUIS.—Mi nombre, no. Yo no quiero otro nombre que el de mi madre y éste ni despierta odios ni está uncido á ninguna infamia.

MARQUÉS.—Es decir, que rechazas mi título y hasta mi apellido.

LUIS.—¿Pero qué acto de mi vida le ha dado á usted derecho á creer que puedo aceptarlos? (*Pasa al centro.*)

MARQUÉS.—¡Soy tu padre!

LUIS.—Lo sé. Me lo ha dicho mi madre, y desgraciadamente tengo que creerlo. Pero si usted, por ser mi padre y siendo..... como es usted, alega derechos sobre mí, ¿qué no puede alegar esta (*abrazando á su madre*), que es mi madre, que es digna, que es honrada y que al propio tiempo es víctima de las infamias de su esposo?

MARQUÉS.—¡Luis, no abuses de mi cariño!

LUIS.—Yo no puedo abusar de lo que no existe.

PATRIA.—Luis, hijo mío, ¡por Dios!

MARQUÉS.—He venido á que impongas condiciones; estoy dispuesto á aceptarlas, siempre que no padezcan mi nombre ni el brillo de mi casa. No se te oculte que yo no puedo reconocer á tu madre por esposa, sin que me desprecien, ó por lo menos sin que me arrojen de su lado las elevadísimas personas que me han prodigado honores y distinciones.

LUIS.—Pues mi madre no necesita honores de los que puede alcanzar cualquier advenedizo sin honra. Le sobra con los honores de su virtud, y todavía puede hacer merced de los de su talento para que los reparta usted entre sus íntimos amigos.

MARQUÉS.—Tus palabras no pueden ofenderme; estás obcecado, y yo reconozco que no estoy exento de culpa; pero..... hay un medio de conciliarlo todo y de que sigas ocupando el puesto que hasta hoy has tenido. Si quieres que tu madre viva contigo, vivirá. En..... este..... piso..... hay es.....pa.....cio suficiente.

LUIS.—Tartamudea usted demasiado para que deje de ser alguna monstruosidad la que va á salir de sus labios.

MARQUÉS.—No es tal monstruosidad: es lo que la razón aconseja al que quiere conciliarlo todo. Podemos hacer que la so-

ciedad vea en tu madre..... una cariñosa nodriza ó un desliz de mi juventud.

PATRIA (*pasando en medio y apostrofando al Marqués*).—¡Villano! (*Aparece Susana por la puerta de servicio y se colocará al lado del Marqués; pero de modo que Luis la vea inmediatamente.*)

LUIS (*con desesperación*). — ¡Madre! ¡Dime que no es mi padre! ¡Dime que has sido tú como es esa mujer, porque quiero matarle!

PATRIA.—Sí, hijo mío, sí, es tu padre; perdónale, perdónale, y no rebajes tu alma al nivel de la suya.

SUSANA (*con orgullo*).—Creo Marqués, que no debe llegar su bondad á soportar que le insulten en su propia casa.

LUIS.—¿Y quién es usted para levantar la frente delante de mi madre?

SUSANA.—Es una cobardía insultar á una dama.

LUIS.—Cuando la..... *dama* tiene marido y amante que la defiendan, el insulto es un reto valeroso.

PATRIA (*acercándose á Susana*).—Váyase usted al lado de su esposo y de su hija, y no venga usted á encarnizar la guerra entre un hijo y un padre.

SUSANA.—He venido para evitar una desgracia ó una humillación que presentía.

PATRIA.—Tengo sobrada conciencia de mis deberes, y esa desgracia la evitaré yo, aun á costa de mi vida.

SUSANA.—Y yo á costa de la mía.

PATRIA.—La estima usted demasiado para exponerla.

JAUMET (*entrando*).—Señorito, ya está todo arreglado.

LUIS.—¡Vámonos, madre!

MARQUÉS.—¿Quiere decir que no desistes de arrojar mi nombre á la calle para que la multitud lo triture?

LUIS.—A la calle nos arrojamos nosotros; usted se queda (*con énfasis*) en su palacio (*con desprecio*) y con esa..... *dama*..... á la cual tengo por muy digna de vivir á su lado.

MARQUÉS.—¿Pero que piensas hacer?

LUIS.—¡Volver á mi patria! ¡A la patria de mi madre! Adonde me hablen de usted con horror, y de ella con admiración. Trabajaré. (*Pura y Montagut, abrazados, aparecen por la escalera interior.*) Seré un hijo modelo, un ciudadano intachable (*Montagut llama la atención de Pura sobre las palabras de Luis*), y el pan con que mi madre se alimente, estará bendecido por los hombres y santificado por la rectitud de mi conciencia.

MONTAGUT (*á Pura*).—¡Mira, mira qué hijo!

MARQUÉS.—Luis, no te vayas. Reflexiona el trastorno que dejas en esta casa; la situación que nos creas.....

LUIS.—¿Que no me vaya? (*Precipitadamente.*) ¿Desea usted que

lo entregue á los tribunales? (*Con decisión.*) Entonces, me quedo.

MONTAGUT. } ¡Luis!
PURA. }

PATRIA.—¡Hijo!

LUIS (*al Marqués*).—¿No comprende usted que yo no puedo ejercer dignamente mi profesión ni defender la justicia en un país en donde la ultrajo, ocultando los crímenes que usted ha cometido? Pero, ¿á qué tanto hablar? ¡Vamos! (*Cogiendo á su madre.*)

PURA (*suplicando*).—Luis, no te marches.

LUIS (*con fingida tranquilidad*).—¿Por qué no quieres que me marche? ¡Si nada me llevo tuyo! ¡Si te dejo cuanto me pertenece!

PURA.—Pero te llevas mi corazón.

LUIS.—¡Ah! ¡Tú tienes corazón! (*Con resolución.*) Pues si lo tienes dedícalo á tu padre, que le hace mucha falta. (*Medio mutis.*)

MONTAGUT (*deteniéndole*).—Luis, toma. (*Saca un fajo de billetes de Banco.*) En billetes de Banco tienes aquí duplicada la cantidad que..... que..... hemos robado á tu abuelo. (*Luis la coge.*)

JAUMET.—No se fíe usted, señorito; pueden ser falsos.

LUIS (*tranquilamente al Marqués*);—Cobre usted de ese dinero lo que haya gastado conmigo desde que me arrancó de los brazos de mi madre, y añada usted el sobrante á la dote de Pura..... para que no haga del hombre que le dé su mano lo que esa mujer ha hecho de su marido.

(*Tira los billetes á los pies del Marqués. Pura se arroja llorando en brazos de su padre. Susana ruge de ira, Jaime da muestras de contento y el Marqués intenta avalanzarse á Luis, pero se contiene.*)

MARQUÉS (*con furor*).—¡Vete! (*Patria coge á Luis, intentando llevárselo.*)

LUIS.—¡Gracias á Dios! ¿Quiere usted que me vaya? ¡Pues ya me voy tranquilo! ¡Ya llevo la convicción de que es usted un malvado perfecto!

(*Vanse por el foro corriendo, abrazados, Luis y Patria, seguidos de Jaumet. Mientras baja el telón muy despacio, se ve á Montagut marchar abrazado á Pura, y llorando ambos, hacia la escalera de servicio. El Marqués se sienta amargado, aunque con entereza, y Susana, después de dirigir una mirada de triunfo hacia el foro, se acerca al Marqués. Antes que acabe de bajar el telón, le pasa el brazo por el cuello, y se la oye decir:*)

SUSANA.—¡Daniel!

FIN